

## EL MOTÍN

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.  
—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 10 céntimos.—Atrasado, 25.—Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

### SELLOS CON LOS RETRATOS

ORENSE, FIGUERAS,  
RUZ ZORRILLA Y CASTILAR

Están admirablemente grabados por el renombrado artista don Bartolomé Maura.

Precio de cada sello 25 céntimos.

Se ponen á la venta para fines de propaganda.

Los pedidos á la administración de El Motín.

## Extrañeza extraña

Algunos correligionarios míos se han puesto foscillos por la pregunta de Romero Robledo: ¿Dónde están los republicanos?

En verdad, en verdad que no acierto á explicarme su extrañeza. ¿Acaso es la primera vez que oímos esa pregunta? ¿O es que el país en masa no la está haciendo de-de hace muchos años?

A raíz de cada catástrofe, y son innumerables las sufridas, ¿qué otra pregunta se ha escuchado?

Antes de las guerras en que tanto hemos perdido, durante ellas, y después de ellas, siempre que el país, anabuso de paz, de honor ó de justicia miraba á todos lados buscando quien lo salvase ¿qué otra pregunta hacía?

Y como nunca hemos contestado á ella con actos que revelaran patriotismo, hay quien por muertos nos tiene ya. La Correspondencia de España dijo hace pocos días, en un artículo en que pasaba revista á los partidos: Los republicanos, fueron.

No quiero ahondar en esto. Es tan amargo lo que hay que decir, que conviene retarlar en lo posible el momento de presentar la verdad sin velos. Lo mejor sería que ese momento no llegase.

Pues aun cuando no sea corriente el que los hombres políticos rectifiquen las ideas que tuvieron años y años por buenas, ¿quién sabe si para los directores de la política republicana habrá sonado la hora del arrepentimiento? Por esto no debemos desconfiar en absoluto. La Magdalena y Romero prueban que el arrepentimiento no es una palabra vara, y, por lo tanto, no sería prudente afirmar que nuestros prohombres son incapaces de imitarlos, ni de responder con actos viriles á la pregunta: ¿Dónde están los republicanos?

El documento que va á continuación (el 2.000 lo menos que hemos lanzado de igual índole y tendencias) nos indica que, desgraciadamente, no se abandonan todavía los viejos moldes ni los trillados caminos.

Pero, en fin, esperemos. Si lo hemos hecho durante 25 años ¿qué importa esperar tres ó cuatro meses aún?

## Circular del Directorio

«Amigos de Madrid y provincias nos preguntan si se publicarán las bases de la Unión Nacional Republicana acordadas en las Asambleas de Mayo último, y desean saber muchos cuáles son los propósitos del Directorio, para ajustar á ellos su conducta. Deseo contestado particularmente á los consultantes, y ahora hacemos pública la contestación porque estimamos un deber dar explicaciones á todos nuestros correligionarios y al país, que tienen perfecto derecho á conocer el pensamiento y los actos de los partidos políticos y de sus directores.

El programa votado por aclamación en las Asambleas republicanas, aceptado además por importantes representaciones de otras fuerzas también republicanas, no ha tenido inmediata publicidad por la suspensión de garantías en Madrid. Pensamos publicarlo en alguna de las provincias que no viven bajo este régimen excepcional y realizar en ellas actos de exhibición solemne; pero desistimos de este propósito, que ya estaba en vías de realización en Madrid mismo, al considerar que, cerrada la tribuna parlamentaria é imposibilitada la prensa de gran circulación de reproducir el documento, comentarle y discutir nuestros actos, carecerían éstos de la resonancia que deben tener y que es garantía de éxito en las empresas políticas.

Lamentamos y seguimos lamentando el contratiempo; pero como lo que importa es actuar en la forma que las circunstancias

permitan y que las angustias de la nación imponen; como lo que importa es que las actividades marchen acordes, tenemos la satisfacción de afirmar que el Directorio de la Unión Nacional Republicana actúa, que en él y en las fuerzas que le siguen, la inmensa mayoría de los antiguos partidos republicanos, no hay más que una sola voluntad, como que estamos sincera y fraternalmente unidos para todo lo que pueda conducir á la salvación de la patria.

Precisamos, eso sí, el concurso y hasta el sacrificio de nuestros correligionarios y de los que, sin serlo, ven en las soluciones republicanas el único remedio á los inmensos males de la restauración fracasada. El concurso consiste en que los republicanos vivan en todas partes la vida de la paz y de la intimidad, con comités ó sin ellos, bajo la disciplina del deber que á todos obliga en momentos tan críticos como los presentes.

El sacrificio consistirá en que los republicanos faciliten al Directorio los medios de acción que le sean necesarios, los que él pida, y los que, aun sin pedirlos, el deber antes invocado imponga.

Madrid 12 de Julio de 1900.—José Muro, presidente.—A. Ruiz Beneyán, secretario.

Nota. Las adhesiones, y en general la correspondencia para el Directorio, al secretario del mismo, don Antonio Ruiz Beneyán, Claudio Coello, 103, principal derecha.

Un republicano que se sabe ya donde está. El señor Muro, presidente del directorio de la Unión Nacional Republicana, pactada para responder á los anhelos de todos los correligionarios, se halla disfrutando en San Sebastián de la agradable temperatura que tonifica el cuerpo sin duda para prepararlo á las duras fatigas que deben soportar los que se proponen salvar á España.

## LIGERAS OBSERVACIONES

Dícese en ese documento, que por la suspensión de garantías no se publica el Manifiesto. Desde que se pactó la Unión ha habido tiempo sobrado para publicarlo, y más teniendo el programa aprobado de antemano. Desde Mayo á fin de Junio se ha podido redactar y publicar un centenar de Manifiestos.

El que la prensa de gran circulación no pudiese ahora reproducir el documento, hubiera importado poco para que alcanzase gran resonancia, si es que la merecía. El discurso de Romero no ha podido tenerla mayor. Y si él se ha amparado de la inmunidad parlamentaria, tan diputado como él son Muro y Azcárate, y han podido hacer lo mismo.

Lo de pedir el concurso de todos, y hasta el sacrificio, digno de aplauso es; el que comience el Directorio por dar el ejemplo, deber ineludible. Por no haberlo hecho así, han fracasado otras veces los mejores propósitos.

Encuentro una gran contradicción entre lo que se afirma de que no hay más que una sola voluntad en todos los individuos que forman la Unión republicana, donde está la mayoría de los partidos, y la petición de adhesiones al Directorio. Si la inmensa mayoría está ya en la Unión ¿quién va á adherirse? Y si la voluntad es ya una ¿qué no dar desde luego señales de vida?

Y no hago más observaciones, por no darle importancia á un documento anodino que nada nuevo dice, ni ofrece, ni hace esperar. Concebido y redactado exclusivamente para disculpar la tardanza en la publicación del Manifiesto, por fuerza tenían que apelar sus redactores á los tópicos, ya desacreditados por el uso, de paz, disciplina, unión fraternal, deber, sacrificio, etc., etc., que resultan doblemente ridículos á raíz del enérgico discurso de Romero.

Felicito por su intención, ya que no pueda hacerlo por la manera que han tenido de manifestarla.

## La novena cruzada

Me gusta mucho la alusión del emperador de Alemania. El Kai-er dijo á sus soldados que, estando el mundo en profunda paz (el Transvaal, á la cuenta, no se halla situado en el mundo), han venido los chinos á encender la tea de la discordia. Les manifestó que les enviaba allá abajo para vengar el ultraje inferido á Alemania, y que no se le caería el pan, como decimos por acá, hasta ver los estándares europeos flando victoriosos sobre los muros de Peking. Dijoles que él estaría con ellos en espíritu y les exhortó á ser buenos chicos y á no olvidar que peleaban por su honor militar, por la causa de la civilización y por la religión de Cristo. De otros partícipes de la tal aranga no hay para qué tomar acta. Aquello de que los banderas rompan el fuego, y vuelvan limpias de rasaduras, debe ser obra de la imprudencia temeraria de algún traductor desahogado. Traduttore, traditore.

Lo que más me ha chocado en la arenga imperial es la antigua divisa de los soldados de Brandeburgo. Acuérdate, decían aquellos valientes, de que quien con Dios cuenta y por él lucha, jamás es vencido en el mundo. Así lo esperan los

expedicionarios germánicos que van á luchar por su Dios; así lo esperan también los boxers que luchan por el suyo. Y aquí de la pregunta del catecismo: ¿hay por ventura tres dioses? La dificultad está en saber quién cuenta realmente con Dios. En esto los mortales suelen llevarse muchos chascos. Nosotros creíamos contar con Dios, confiados en la palabra de Cascajares, y nos equivocamos. También los boers se echaron la misma cuenta y también se llevaron chasco. Por regla general se ha observado que la gracia divina suele asistir á los más fuertes. Los sarracenos, cuando eran más, nos molían á palos, según reza la copia. Esto en realidad nunca puede saberse á priori; hay que esperar á que lo revelen los hechos. ¿Ganas? Señal de que Dios te asista y de que tu causa era justa. Que es lo que suele llamarse por otro nombre la consagración del éxito.

Los testigos presenciales se hacen lenguas de las dotes oratorias del emperador. Cuando hablaba del ultraje inferido á Alemania su voz parecía cortada por sollozos; al excitar á sus soldados á la venganza semejaba clañ de guerra. Ese extraordinario soberano es, sin duda, tan gran orador como gran poeta, músico, pintor, arquitecto y soldado. Su discurso ha resonado en toda Europa. Hasta la prensa francesa se entusiasma. Decididamente es el hombre un animal rítmico. Con palabras se hace de él lo que se quiere. Para unos el César tenía un nuevo caballo del Cisne, armado de punta en blanco para defender la virtud; ¡plástima que la haya desamparado en el Transvaal! Otros ven en él á un émulo de Ricardo Corazón de León, olvidando que éste fué á Oriente, no sólo en espíritu, sino en persona. Hay quien cree que su valerosa iniciativa colocó á Guillermo II á la cabeza de la Cristiandad; sin duda recuerdan los tales la protección que recientemente dispensó el Kaiser á la Turquía musulmana contra la Grecia cristianísima. ¿Qué, pregunta candorosamente un estimable colega, es mucho compararle con un cruzado predicando la guerra santa? No, no es mucho. Sólo falta para que la tal comparación tenga algún vislumbre de exactitud, que los chinos se apoderen de Jerusalén y profanen el sepulcro de Cristo. Que esto fué, si no estamos mal informados, y no el asesinato de un embajador, lo que originó las Cruzadas.

¡La Cristiandad! ¡Las Cruzadas! ¡Grandes palabras, desenterradas del venerable panteón de los recuerdos! ¡Ecos tráfidos del pasado por el viento de retrogradación atávica que sopla en Europa, en estas postrimerías del siglo! Sólo que entre lo que fué y lo que es, median algunas diferencias. Los cruzados de otro tiempo malbarataban sus bienes para alistarse bajo las banderas de Cristo; los de ahora van á Oriente en busca de bienes ajenos. La Cristiandad que hoy revive, es una Cristiandad sin cristianismo, algo parecido á una campana sin badajo. Repetir las palabras es más fácil que resolver á los muertos.

No todas las naciones interesadas en el conflicto se muestran igualmente belicosas. Algunas hay que dejándose de clarines y de Cruzadas, se contentarían con establecer en el Celeste Imperio el régimen de la puerta abierta. Los yanquis se distinguen en esta afición á ver abiertas siempre las puertas del vecino. Hay que considerar que no es por capricho por lo que solemos echar á las nubes la llave y el cerrojo. Ninguna puerta es ariá cerrada si no hubiese ladrones en el mundo. A veces ni el cerrallero basta. Testigo la China, que ha tenido la suya cerrada á piedra y lodo hasta que se la han abierto á cañonazos. Lo que los cruzados de Occidente van á hacer en el Imperio Oriental tiene todo el aire de lo que denominan los Códigos un robo con escalamiento y fractura.

En el himno de los boxers, recientemente publicado por la prensa, hay un concepto digno de especial meditación. Aquellos interesantes patriotas nos califican de demonios, reprochándonos amargamente el tener los ojos derechos. Nunca hubiera creído, que tener ambos ojos colocados en una misma línea, constituyera una falta digna de severa censura. Del enemigo el consejo. ¿No nos pasará á nosotros con los chinos algo de lo que pasó á los chinos respecto de nosotros? ¿No infringiremos para con ellos las leyes del derecho y los deberes de fraternidad porque tienen los ojos torcidos? Cuanto más desmejantes de nosotros son los seres, menos experimentamos respecto de ellos sentimientos de compasión. El aullido lastimero de un perro, el relincho agonizante de un caballo, conmueven nuestras entrañas, pero ¿quién se apiada de los sufrimientos de una mosca ó de las cuitas de una araña? Cosa análoga acontece entre los hombres. Religión, patria, tradiciones, creencias, instituciones y costumbres; todo es respetabilísimo en las gentes de nuestro color. En los que tienen la tez de carbón, el azafrañ ó de aceituna sevillana, todo deviene despreciable.

Los chinos son crueles, rutinarios, obcecados, y, en resumen, poco simpáticos. Sus sanguijarios atropellos de ahora no previenen el ánimo en su favor. Pero pongámonos en su lugar. Supongamos que unos hombres amarillos, obesos, de ojos torcidos, con el cráneo afeitado y oliendo un poco á rata muerta pretendiesen establecerse por la fuerza, entre nosotros, alterando nuestras costumbres é infringiendo nuestras leyes; que esos hombres insultan á nuestros dioses, maldicen de nuestros mandarines, huelan y profanen lo que tenemos por más venerable y sacrosanto, y que, apurada la materia, advertimos que todo lo hacen con el ánimo deliberado de explotarnos. ¿Qué haríamos con esos hombres? Pues les romperíamos el bautismo si lo tuviesen. Mucho menos pretendieron hacer aquí los franceses y nuestra tenaz resistencia admiró al mundo y es aún asombro de la historia. ¿Por qué ha de ser crimen en los chinos lo que fué en nuestros heroísmos?

Muchos días se preparan en todo caso para el Celeste Imperio. La quiebra del derecho de gentes es uno de los más tristes desengaños de este desengañado fin de siglo. A nombre del cristianismo las potencias civilizadas restauran el viejo sentido pagano, las arrogancias greco-romanas que empujaban como bárbaras y sin derecho, á todas las razas y civilizaciones distintas de la suya. Con admirable previsión se adelantó Guerrita á los acontecimientos. Hay que cortarse la coleta.

ALFREDO CALDERÓN

## A LOS REPUBLICANOS

Descartando las simpatías que á cada cual le inspire éste ó aquél personaje de la Unión

¿cree de buena fe algún republicano que esa circular responde á algo? ¿Que da siquiera idea de que van á seguirse nuevos rumbos, á emplearse diferente táctica?

Y no porque nada diga, no. Podría decir menos, y significar mucho, si llevara al pie firmas acreditadas. Ni eso siquiera; si no llevara firmas desacreditadas en la empresa que perseguimos. Las de unos cuantos hombres de segunda fila que tuviesen talento, energía, ó posición social, habrían despertado más esperanzas.

En lo que estoy conforme, es en que no se haya publicado el Manifiesto-programa; de este modo se ha evitado que los monárquicos se rían y el país acabe de desanimarse: ofrecerle ungüento blanco para la curación de sus terribles heridas, habríalo tomado por broma pesada, cuando no por procaz insulto. Mejor le sentaría la promesa de curárselas por el cauterio.

Y sé que estos modestos y débiles juicios míos han de sonar mal en los oídos de los que siguen á los jefes por saber que no han de exigirles cierta clase de sacrificios.

Afortunadamente la circular les ofrece un medio seguro de desvirtuar mis juicios; hagan los sacrificios que el deber les impone, sin aguardar á que se los pidan, y yo quedaré convicto y confeso de pesimismo y de sistemático censor de los hombres enérgicos y abnegados que no han tenido la suerte de probar hasta hoy su abnegación y su energía.

Lo único que deseo, es equivocarme. Y cuanto más completamente, mejor. Cantaré una, veinte, cien palinodias seguidas. En las manos de la Unión y sus partidarios está ahora el obligarme á ello, pero no con palabras, ni circulares, ni manifiestos, ni programas, sino con actos. Vengan, pues.

Y que esto reclama la opinión, y no circulares parecidas á otras ciento que de nada sirvieron, dicenlo claramente estos dos hechos: la Unión Nacional, á pesar de no perseguir un objeto noble y levantado, ha agitado durante algún tiempo la opinión del país; y Romero Robledo, á pesar de su accidentada historia, la agita actualmente. ¿Por qué? Porque se han salido de los trillados senderos.

¿Qué no hubieran alcanzado los hombres de la República, si llegan á imitar su conducta, teniendo una historia limpia y persiguiendo un fin altísimo y honrado? Tal vez mucho más de lo que se hubieran propuesto.

Pero con Asambleas encasilladas, discusiones ridículas, programas doctrinarios y circulares de aguachirle ¿quién les va á hacer caso?

Sin embargo, como de cualquier manera que el hombre se obliga queda obligado, obligado queda el Directorio, aun por esa incolora circular de frases hechas, á dar satisfacción á las aspiraciones de los republicanos. Hágalo, y la opinión se pondrá inmediatamente á su lado.

## VERDADES A CUENTA

Los republicanos españoles (en su mayoría) se han acostumbrado de tal manera á pensar con el cerebro de sus jefes, á no querer más que lo que ellos quieren y á no hacer más que lo que ellos les mandan, que no apoyarían iniciativa alguna de hombre alguno sin su orden, anuencia ó beneplácito.

Si oye decir á todos, y á menudo: «¡Si saliera un hombre nuevo!...» Pero ¡ay de él si saliera! No hallaría apoyo en ninguna parte. Solo en el caso de triunfar, encontraría partidarios á millares. Lo cual sería muy humano.

Lo primero que le contestarían, como si lo viera, sería lo siguiente: «Nos parece bien lo que usted intenta. Pero nosotros no podemos ayudarle sin faltar á la disciplina de partido.» «Mientras no recibamos orden de la Junta Cual ó del jefe Tal...» «No contando usted con el apoyo de las personas importantes del partido, su fracaso es seguro. Por lo tanto, y aunque lo sentimos, no podemos prestarle nuestro concurso.» Y otras disculpas parecidas.

Y resultaría que el hombre nuevo se vería detenido al comenzar su marcha ó perturbado en sus propósitos, por no encontrar abrigo de ninguna clase entre los que se pasan la vida reuagando de los jefes y motejándolos porque no van á ninguna parte, si bien permanecen á su lado porque les sirven de pretexto para no hacer nada, cuando para hacer algo cualquiera los solicita.

Nadie cree que los señores que hoy figuran reúnen las condiciones que son necesarias para guiar á la masa republicana á la tierra de promisión por el único sendero que á ella conduce en derecho. No obstante, ya sea por no hacer el menor sacrificio, ya porque en el fondo están bien hallados con lo existente; ya, en fin, por estar convencidos de que de este modo disculpan su inacción en nombre de la disciplina, lo cierto es que rechazarían al hombre que, no perteneciendo al sanhedrín, se dirigiese á ellos reclamándoles ayuda ó apoyo.

Se encomia la fe de los católicos por-

que creen lo que no ven. Mucho mayor es la de los republicanos, que, viendo la incapacidad revolucionaria de sus hombres, siguen creyendo en ellos. Creer lo que no se ve, faltando el medio de comprobar la certeza, puede ser disculpable en alguna ocasión. Lo que no puede serlo en ninguna, es ver la falsedad de aquello en que se cree, y seguir creyendo.

A menos que no se haga por cálculo ó conveniencia, que es lo más probable en este caso.

## La invasión amarilla

La prensa de toda Europa, dando como indudable que las tropas inglesas, alemanas, francesas y rusas que marchan á China se apoderarán rápidamente de Peking, completando con el tiempo la conquista del Celeste Imperio, se preocupa de las consecuencias económicas de esta inmensa adquisición.

Los periódicos obreros y toda la prensa radical que se interesa por las grandes masas jornaleras de Europa, muéstranse alarmados con sobrado motivo.

Como todos los actos que realiza la presente sociedad, esa conquista de la China emprendida á nombre de la civilización, va á ser en beneficio de unos cuantos y en perjuicio inmenso de la gran masa trabajadora.

El equilibrio económico, más ó menos difícilmente, viene sosteniéndose en el mundo porque está cerrada á la civilización y aislado de todo contacto un pueblo como la China, que cuenta 400 millones de habitantes: más que toda Europa.

—¡Hay que abrir la China!— dicen los gobernantes, ansiosos siempre de nuevos territorios. Y les hacen coro los grandes especuladores que desean colocar la exuberancia de capital inactivo en grandes negocios que lo doblen, y los comerciantes que sueñan con nuevos mercados, y los poderosos del feudalismo industrial, que saben que abrir la misteriosa China es dar un golpe de muerte al proletariado que viene organizándose durante todo el siglo y adquiriendo fuerzas para reñir una batalla definitiva con el dinero, su auxiliar y su verdugo al mismo tiempo.

El día que la China quede abierta á cañonazos y se reparten la naciones europeas su territorio en inmensos pedazos, bajarán de un golpe los jornales á las irrisorias cantidades que los obreros ganaban hace tres siglos, sin que por esto se abaraten los artículos necesarios á la subsistencia.

El chino es laborioso, paciente y hábil imitador como ningún otro hombre. Le falta inventiva, pero imita de un modo sorprendente y trabaja todo un día con la incesante movilidad de una rata. Unos cuantos puñados de arroz hervido y unos cuantos céntimos le bastan como jornal y aun encuentra medio de ahorrar. Criado en la cloaca, devorando las suciedades de los estercoleros y obligado á trabajar noche y día para que le respeten por sus ochavos los innumerables y bárbaros funcionarios de una autoridad anárquica, se considera feliz cuando entra al servicio de un industrial europeo y se mata trabajando por un salario ridículo y una comida de perro.

¡Y estos obreros infatigables y sobrios son en número de 400 millones!... ¿Júzguese si no hay motivo para la alarma.

Pueden abrirse y civilizarse sin peligro para la vida económica pueblos guerreros y nómadas como los de África, grandes naciones como la India, sin hábitos de trabajo, donde la gente, influenciada por una religión poética y contemplativa, vive la vida de la imaginación, desatendiendo la existencia material.

Pero la China es un vivero de trabajadores, un inmenso agujero de hormigas inquietas que, cuando ha dirigido el rosario de su emigración hacia algún país moderno, ha anonadado con la baratura de sus brazos á los jornaleros blancos.

En Filipinas resultaba imposible el predominio económico de los españoles. El chino lo dominaba y lo comía todo, á pesar de las restricciones del gobierno de la metrópoli.

Recuérdese lo que ocurre todos los años en los Estados Unidos, las grandes matanzas de chinos que efectúan los obreros europeos y yanquis, los cuales, impelidos por la desesperación, apelan al asesinato, reconociéndose impotentes para luchar en el trabajo con esos hombrucitos amarillos de rabo de rata, que se apoderan de los campos y las fábricas por la baratura de sus jornales.

Y hay que tener en cuenta que se trata de la nación americana con sus territorios inmensos y vírgenes, para los cuales necesita triple población de la que tiene. ¿Qué será, pues, de Europa el día que sobre su esquizimado territorio y sobre su industria, á la que hoy sobran brazos, caiga la invasión amarilla y se presente ese jornalero que por dos reales diarios trabaja dieciséis horas?

Existiendo la China como hasta hoy, con su tradicional aislamiento, sólo emigran las poblaciones inmediatas á los puertos dominados por los europeos. Además, ese trabajador amarillo no es más que un chino habituado al desprecio y la violencia, contra cuya invasión, lenta y pacífica, pueden tomar medidas el deseo de tranquilidad de los gobiernos y el instinto de conservación de las masas obreras. Pero si las potencias euro-



peas penetran en el misterioso interior del gran imperio, ya no existirán chinos; serán ingleses, alemanes, franceses o rusos, con coqueta y ojos oblicuos, que validos de su carácter de súbditos, entrarán sin ningún miedo en competencia con sus conciudadanos y los demás pueblos de Europa.

El capital no tiene entrañas. Su alma es el negocio; ganar lo más con el menor desembolso; y si la China pasa a ser de Europa, pronto las cabezas rapadas de los adoradores de Confucio llenarán los talleres de Lión, de Berlín y Manchester, si es que los industriales no trasladan la mayor parte de su producción al territorio chino.

Parecerá a muchos remoto é ilusorio este peligro que tan profundamente puede quebrantar a Europa; pero lo mismo se creyó de otros sucesos que al poco tiempo se realizaron como calamidades generales.

Data de siglos la creencia de que algún día, echando abajo la China sus fronteras, rompiendo el claustro materno esos 400 millones de seres, invadirían el mundo civilizado. En el mismo imperio chino existe esta leyenda.

Ya que la China no ha ido contra la Europa, esta misma se ha encargado de ir a desatar el peligro, abriendo esa caja de Pandora que contiene los más atroces peligros para el trabajo de los blancos.

No caerá sobre nuestros pueblos la misteriosa China con sus abigarrados ejércitos de armas fantásticas y chillones colores, porque esto es imposible.

Pero una vez desencadenado «el peligro amarillo», seremos conquistados por el jornalero que trabaja sin necesidad casi de comer. El capital se encargará de traerlo a nuestro suelo, y los trabajadores de Europa se entregarán a la desesperación, no sabiendo cómo luchar con el amarillo enjambre de esa raza prolífica que se reproduce con la asombrosa fecundidad de los mosquitos.

¿Y quién sabe si la invasión amarilla, arrebatando el trabajo a los blancos, será el principio de esa revolución social definitiva que hace tiempo late en todos los pueblos civilizados?

BLASCO IBÁÑEZ

## TIEMPOS Y TIEMPOS

Comparando Picón en su discurso de entrada en la Academia el año 73 con estos tiempos, dice:

«Malos días son estos de pesimismo resignado para traer a la memoria aquellos de agitación constante en que, aun viniendo cada hora preñada de una nueva turbulencia, estaba en todos los corazones la esperanza; no hay comparación entre ambas épocas; una cosa es delirio y otra cosa es parálisis; mas aquel delirio donde el hervor de las ideas dominaba sobre las ambiciones de los hombres, al par que síntoma de enfermedad, era signo de vida; vida puesta por su propia exuberancia en peligro; peligro bien distinto del que han creado los grandes infortunios nacionales, la desconfianza de los hombres y la desilusión de las ideas, haciendo que, faltos de vigor, no sólo aceptemos como merecida la desdicha presente, sino hasta pongamos en duda la grandeza pasada; cual si los errores y las culpas de una generación pudieran ser la negación de una raza.»

Después traza un vigoroso bosquejo de lo que eran las Cortes Constituyentes, para afirmar la fe y el entusiasmo de aquella época de libertad y añade:

«No estaban aún heridas las ideas por el desprestigio de sus representantes, ni las esperanzas defraudadas por el eslabonamiento de los desengaños, ni la repetición de emociones estériles había embotado el sentimiento nacional: aún no se llamaba al patriotismo *patriotería*, ni a la sensibilidad *sensiblería*; cada partido, juzgando sus principios henchidos de virtualidad, los defendía con tesón; y el elemento obrero, ahora desgraciadamente persuadido de que sólo le importa lo económico, seguía con interés el desarrollo de los problemas políticos.»

Bien pintado está el cuadro, aun cuando los tonos son tristes.

Pero no desconfiemos. Los pueblos despiertan de su letargo cuando menos se espera. ¿Quién hubiese creído hace tres meses al pueblo chino capaz de ponerse en frente de toda Europa?

## LA CAUSA DEL MAL

Equivocan lastimosamente el camino y el procedimiento los que pretenden regenerar a España reformando sólo el régimen económico actual, aliviándola de una parte de la carga que representan la excesiva burocracia administrativa con su pésimo sistema y otros organismos no menos costosos y absorbentes que pesan sobre el país.

Pudrá ser ésta laudable labor del economista que sólo fija su atención en una parte del problema de la vida de los pueblos; pero no del sociólogo que ha de profundizar más en sus observaciones y estudios y tiene que buscar y relacionar efectos con causas, para venir, después de lógicas deducciones, a demostrar con fundamentos racionales la cohesión que existe entre todas las múltiples y complejas partes del problema social.

De estos estudios é investigaciones que abarcan la totalidad de ese problema, resulta que la penuria económica, ó sea el alestar material de los pueblos, es consecuencia de su malestar moral; que en la mayor desgracia en que un pueblo puede caer, incapacitándose para adquirir elemen-

tos de vida y bienestar, es en el abatimiento moral que anula las energías físicas, sumiéndolo en la inercia.

Cuando un individuo, y en el mismo caso se encuentra el cuerpo social, cae en la pasividad y en la inacción que poco a poco van atrofiando los órganos que proveen de energías vitales a la economía, es muy difícil que reaccione en sentido contrario y acaba siempre por ser víctima de la extenuación y el aniquilamiento.

Para salvarse de ese estado patológico de decaimiento, originado generalmente por afecciones morales, más que de los procedimientos terapéuticos que la ciencia aconseja y aplica en los padecimientos físicos, es necesario el esfuerzo de la voluntad del enfermo; es indispensable que éste, poniendo en función las energías de orden moral de que disponga, evite que el cuerpo se rinda exangüe por atramiento de todos los músculos en que residen las fuerzas físicas.

Lo mismo, como organismo social, ocurre en los pueblos.

Sus afecciones morales están representadas en ellos por la ignorancia, el fanatismo, la superstición, el falso concepto del derecho y el deber, los erróneos principios del honor y la dignidad, la carencia de ideales elevados, la ausencia de moralidad, en el sentido racional que debe darse a esta palabra, el apasionamiento brutal en lugar de la razón serena; y las afecciones de orden material las representa la miseria, el hambre, el excesivo trabajo, la escasez de medios para atender las necesidades de la existencia, la enorme tributación y onerosos impuestos que el régimen político de la teocracia impone para la conservación de sus organismos insatiados y absorbentes, las desigualdades irritantes que dividen a los hombres en castas y jerarquías irracionales, la falta de equidad en la distribución de los medios y elementos de vida, la tiranía y la arbitrariedad de los poderes públicos, tanto en la aplicación de las leyes, como en el uso de los resortes de gobierno.

Hacer que estos últimos males desaparezcan de los pueblos, persistiendo los primeros, es imposible. Consecuencia de éstos son aquéllos; y ya es axiomático y principio de doctrina incontrovertible en todas las escuelas y sistemas de la moderna sociología, que no pueden curarse ni aliviarse los padecimientos físicos de los pueblos sin curarles primero de sus afecciones de orden moral.

José CINTORA

«No hay virtud donde no hay trabajo. El trabajo es la primera condición que el hombre trae al nacer; no es, pues, la maldición que nos han contado allá de ciertos tiempos, de que el hombre se ganaría el sustento con el sudor de su rostro, no; maldición es para los ociosos, para esos de los cuales decía el ilustre Carnot, hablando delante de los príncipes de la sangre: «Esos ociosos que sueñan ser grandes y sólo empiezan a ser útiles a la tierra el día que entran en ella, porque la engrasan.»

## Cosas Literarias y Artísticas

### POEMA EN PROSA

Y todo esto aconteció en los tiempos paradisíacos, cuando el hombre nuevo y provisto aún de todas sus costillas, paseaba la desnudez de su inocencia solitaria por entre las bestias sometidas al menor de sus caprichos, y las flores se inclinaban por sí solas, como palmas, ante sus pasos triunfantes.

La eterna primavera mecía sus incensarios en el cielo sin nubes, y el agua de los arroyos misteriosamente templada, semejaba maravillosa sinfonía; todas las beatitudes de la paz flotaban en el aire bajo las duradas caricias del sol y los ríos de azul se fundían en océanos de luz para regocijar la mirada, encantar el pensamiento. Cargados al mismo tiempo de flores y de frutos los manzanos, de los cuales pendían nuestros futuros destinos, parecerían de nieves salpicadas con carmin. Aun en pleno día, el éter transparente traicionaba el orden admirable de las constelaciones colgadas del firmamento como nidos, de los cuales pronto volarían pájaros de luz. Alecerse, siguiendo un suavísimo ritmo, los juncos mantenían en el espacio una voluptuosa frescura. Todo era armonía, música, perfume en ese sueño de un Dios, sublimemente realizado por su omnipotencia.

Pero Adán se fastidiaba profundamente porque estaba solo, y su alma se llenaba de amargura ante los animales que, por enamoradas parejas, atravesaban los aires ó las llanuras, ó se perdían en la espesura de los bosques. No pudo retener su queja y la exhaló como sigue, con el rostro vuelto hacia el Oriente.

—Señor, ¿por qué haberme hecho la más bella y perfecta de tus criaturas, para no darme compañía como a todos los demás seres que me rodean y que son infinitamente más felices que yo?

El Señor le respondió: —Para darte el derecho de elegirlo por ti mismo en las especies á quienes mandas como soberano dueño. Pero cuida, sin embargo, de probar el carácter de tu futura compañera antes de comprometer tu libertad, pues entre vosotros la alianza sería definitiva é indisoluble.

—Gracias por la advertencia, Señor, dijo Adán, volviéndose hacia el Occidente.

Por allí cerca paseaba una leona junto a la cual caminaba un magnífico león. Adán hizo señas á éste para que se acercara, y obedeció lanzando melancólico rugido. Entonces Adán llamó la leona junto á sí, y comenzó á contemplarla con muda admiración. Era soberbia é efervientemente en la tranquila majestad de su postura, y con las orejas pequeñas y derechos, y con las patas delanteras colocadas una sobre otra. El león acarició la cabeza, y ella volvió hacia él, su noble semblante con infinito reconocimiento en la mirada.

Entonces principió Adán á contemplar sus ojos, sus ojos profundos y como llenos de chispas, sus ojos misteriosos, amarillos, jaspados de negro, y el poder de éstos fué tal, que se sintió cogido por la modorra invencible del sueño. Todas las imá-

nes se borraron bajo su frente y todos sus pensamientos se desvanecieron como humaredas.

¿Cuánto duró aquel sueño? Jamás lo supo; pero fué despertado por una dolorosa sensación de calor en el costado izquierdo. Al abrir los párpados, vió á la leona que, á fuerza de lamérle el corazón, se lo había casi descubierto y paseaba deliciosamente su rosada lengua sobre el gastado culis donde se veía como un rocío de sangre.

El estremecimiento voluptuoso de sus narices, la expresión feroz de su mirada fija en la herida ya pronta á abrirse como una lámina de acero, todo traicionaba en ella los crueles apetitos de la bestia de presa, de la comedora de carne. Con un gesto todopoderoso interrumpió Adán su mortal caricia, y la bestia se dirigió lentamente hacia las rocas donde la esperaba su compañero, relamiéndose con no sé qué expresión de deseo no satisfecho.

—¿Qué consejo me habéis dado, Señor! exclamó Adán.

—Una palabra, replicó el Señor; ¿por qué no elegiste mi hijo?

Con el costado dolorido aún, Adán se internó en el bosque.

Pronto llegó á la orilla de un arroyo cuya agua llena de frescura debía curar inmediatamente el ardor de su herida. Apenas había tenido tiempo para humedecerla, cuando vió en la profundidad del follaje á un ciervo y su compañera que mordían en la misma rama, nariz con nariz y en la intimidad más estrecha. Llamó á la cierva, que se dirigió hacia él saltando con coquetería y mirándole con sus grandes ojos negros llenos de sorpresa.

Nada más gracioso; se hubiera podido hacer flautas para cantar el amor con sus cuatro patas delicadas y derechos; así pelo tenía las ondulaciones de tonos rubios y rojos de una cabellera, con deliciosos reflejos grises en los lomos. Por más que lo haya negado Henri Reynald en su correspondencia póstuma, no hay poesía sin el gris.

Adán, encantado por los modales afectuosos de la cierva, y, por hacerle mejor la corte, le pidió permiso para dejarla un momento con el objeto de ir á cogerle, á cierta distancia, una yerba que ella había confesado que le gustaba mucho.

Pero cuando volvió con su ramo comestible, la cierva no estaba ya. Buscándola con la mirada, la divisó retrozando un poco más lejos con algunos machos de su especie y dándoles una gran cantidad de bromas inconvenientes. Indignado y entristecido á la vez, nuestro padre común volvió hacia el arroyo para contemplarse en el espejo de las aguas, y asegurarse de que, sin embargo, tenía mejor postura que sus indignos rivales.

Al salir del bosque se olvidó de su mal humor, por la inflexible alegría que revelaba el espectáculo imprevisto que se presentó á sus ojos. En un claro, en medio del tupido cespéd, una joven osa bailaba con sus patas traseras haciendo crujir sus mandíbulas y mecendo su larga cabeza: estaba vestida de terciopelo oscuro. Al punto acudió á Adán el pensamiento de que la sociedad de semejante criatura distraería ciertamente su implacable melancolía. ¿Qué quería él después de todo? No estar más tiempo solo; y ¿qué mejor compañía que la que nos divide?

Se acercó á la bailarina y le dirigió un delicado cumplido. Ella le contestó con una ineptia descomunal, pero dicha en el tono más alegre, pues en aquel tiempo feliz todos los animales comprendían su mutuo lenguaje y el hombre entendía á maravilla sus diferentes idiomas.

Completamente entusiasmado, sacó Adán una lira de debajo del brazo y comenzó á cantar un himno en honor de su bien amada. Pero entonces la osa, en vez de sentir la inflexible poesía de la oda, hizo un montón de mimos estúpidos, bailando descompasadamente insensatas gavotas á los nobles ritmos de aquella música.

Furioso al fin de tanta estupidez, Adán rompió su lira, y abandonando al animal sorprendido, pero siempre triunfante de idiotismo, exclamó: —¿Señor, os habéis enfadado de mí!

—¿Qué más quieres aún, criatura?—respondióle el Señor.

—Quiero una compañera mía, como la tienen todos los animales.

—Está bien. Pero te arrepentirás de no haberme dejado tranquilo.

Cuando un instante después despertó Adán del súbito anonadamiento en que había caído, la mujer estaba junto á él, radiante como una aurora al través de la sombra de su cabellera, con su aureole de luz, con las abrasadoras nieves de su carne, con la encantadora mentira de su sonrisa, con la sonrisa embriagadora y mortal de sus ojos. Sí, la mujer estaba allí, fuente de todas las gracias, astro ausente que lloran cielos desconocidos, maravilla de las maravillas, deslumbramiento de la mirada. Adán se prosternó en un éxtasis mudo y lleno de reconocimiento.

Pero antes de terminar la semana comprendió lo bien que se había vengado Aquél cuyo eterno reposo había interrumpido; pues encontró en la mujer, más intensa y mil veces más cruel, la paciente ferocidad de la leona, el humor inconstante de la cierva, la insensibilidad de la osa ante la inspiración sublime de su alma. Pero engañando las prevenciones de su Todopoderoso protector, no lo maldijo por tan poco, y si la miró más, porque poseía la belleza, que es el olvido de todos los males de la vida y el inmortal consuelo de los seres humanos.

ARMANDO SOUVRESTRE

Abrazar intrépidamente contra los fuertes la causa de los débiles oprimidos; desafiarse la injusticia armada del hierro, ó coronada de flores; exponerse, por defender la verdad, á ser calumniado, vilipendiado, puesto en ridículo, mordido hasta el corazón por millares de viboras; vivir satisfecho en medio del odio de gentes inmorales y tener en caso necesario al universo entero contra sí; esto es lo que constituye al verdadero patriota en los grandes movimientos revolucionarios.

## EL LADRON

Si es ladrón todo aquel que toma lo que no le pertenece, ¡mal haya si conozco un hombre de bien en el mundo que no merezca ese epíteto!

Entiéndase que cuando hablo de hombres de bien, no quiero hablar ni de proveedores, ni de escribanos, ni de sastres, ni de procuradores, ni de mayordomos, gentes todas que son más ó menos el blanco de la pública murmuración (injustamente); sino de los hombres de bien más hombres de bien, del honradísimo empleado, del religioso guar-

da, de lo más honrado, en fin, que hay en la sociedad.

¿Qué hombre de bien no ha infringido siquiera una vez el séptimo precepto? ¿Quién, si le dieron un duro falso, no lo pasó al vecino? ¿Qué tendero no vendió húmeda la sal? ¿Quién al pasar por una viña no arrancó un racimo? Tú, empleado, ¿por qué escribes á tu familia en papel de la oficina? ¿Por qué enseñas á escribir á tus hijos con plumas del Estado? ¿Por qué hacen flores tus hijas con las obleas del Gobierno? ¿Por qué te vas á paseo, por qué te finges malo mientras te corre el sueldo? Eres un ladrón. Y tú, fiel guarda, que estás en ese soto para impedir el robo, ¿por qué cortas una vara para tu hijo? ¿Por qué cazas una sola liebre para tu familia? Eres un ladrón que prendes á los ladrones.

¿Como que lo somos todos! El mundo no es más que una grande asociación de ladrones. Ladrones decentes, ladrones vulgares; esa es la única diferencia. En este pícaro suelo de preocupaciones no es crimen el robo sino en cuanto es robo de necesidad; que quien roba por pasatiempo y por gusto, nada tiene que temer. Así que el gran problema para prosperar es éste: robar uno más que le roban. La balanza del comercio y la prosperidad de los particulares y de las naciones se reduce definitivamente á ese importante axioma.

Desconfiemos, pues, de todos, y especialmente desconfiemos de los hombres de bien: los hombres de bien son los ladrones decentes; con esos no hay querellas, no hay tribunales, no hay restitución. Por tanto, no debes nunca á un hombre de bien solo en vuestro jardín, porque se comerá vuestras frutas y cogerá vuestras flores. No le confíes jamás vuestra mujer, especialmente si es bonita; los hombres de bien hacen á todo. Si le prestéis un libro jamás, si gusta de leer; se le olvidará volverle. Si gusta de escribir, nunca soltéis en su presencia una idea de valor, porque la veréis impresa al día siguiente con su nombre. Y estimado, sin embargo, porque es lo que se llama todo un hombre de bien; nunca le veréis en la cárcel ni en presidio. Pero roba, porque robar es su naturaleza, porque robar para él es vivir.

¿Tienes hambre? ¿Robas á uno solo una sola peseta, exponiendo tu vida? Morirás ahogado, infamado. ¿No lo necesitas, y robas, sin embargo, millones á una nación entera sin exponerte á riesgo alguno? Vivirás rico y respetado. ¿Qué injusta diferencia! Es la que hay, sin embargo, entre Alejandro y José María. Entre un alto funcionario y un miserable saltador.

Había una ley en Esparta por la cual no se castigaba el robo, sino sólo la torpeza del que no sabía robar. Muchas veces han citado los moralistas esta ley como una extrañeza de aquella legislación, como una rara divergencia de nuestros actuales usos. Yo confieso que no encuentro la diferencia. En nada hemos variado después de tantos siglos. Tampoco en nuestra sociedad se ahorca á más ladrones que á los que se dejan coger. Los que no son cogidos, no son ahorcados. Sigue, pues, en su vigor entre nosotros la ley de Esparta.

Lo repetimos: robar es vivir, y roba el ladrón, porque roban todos.

UNO DEL OFICIO

Desde el momento en que un hombre tiene la desgracia de conquistar un nombre, ya pertenece á todo el mundo; cada uno escudriña su vida, refiere sus menores acciones ó insulta sus sentimientos; se asemeja á una de esas paredes donde todo el que quiere puede escribir un elogio ó una grosería.

## LA DORMIRI

El sabio médico persa Nadhin Soaphar, que nueve siglos há dejó escrito un curioso manuscrito lleno de esperanzas y de preceptos relacionados principalmente con la higiene, decía á los que se maravillaban de su robusta ancianidad, que la debía á la doble precaución que desde su juventud tomara de no cometer excesos y de consagrar todas las noches ocho horas al sueño. En su libro, y entre otros preceptos, se leen los siguientes:

«No te acostumbres á dormir más de nueve horas, ni menos de ocho.»

El sueño es tan indispensable á la vida, como lo es el pan; y es preferible la sobriedad en la mesa á la sobriedad en el descanso.

«El sueño, que es imagen de la muerte, es el mejor reparador del cansancio de la vida. Disminuir el reposo, es disminuir la vida.»

«Compádecate á los que, arrastrados por la codicia ó por el ansia del goce, roban horas á su propio descanso: lo que hacen es robarse á sí mismos años de salud y de vida.»

Es probable que Mr. Turnship conociera estas máximas del sabio persa, cuando se puso á trazar el erudito trabajo que publicó en una revista inglesa acerca de las inapreciables ventajas del sueño, y del sueño largo, de ocho á nueve horas «por lo menos».

Mr. Turnship es un médico que se ha dedicado á muchos estudios y á hondas observaciones sobre esta cuestión. Unos y otras le han demostrado la extraordinaria influencia que ejerce el sueño en el organismo humano, influencia que se traduce en los que duermen sus nueve horas por noche, por un equilibrio físico é intelectual perfectamente manifiesto: en los que duermen pocas horas por un desgaste de su energía vital que conduce inevitablemente á gravísimas perturbaciones.

«El hombre—dice—que al llegar á los cuarenta y cinco años conserva la dichosa costumbre de consagrar, cuando menos, un tercio de su jornada al sueño, reúne grandes probabilidades de longevidad y de longevidad vigorosa y sana. No hay ningún reconstituyente que valga lo que vale un sueño prolongado, para reparar el desgaste y restablecer el equilibrio que en el sistema sanguíneo y en el sistema nervioso producen necesariamente los cuidados y las luchas cotidianas de la existencia.»

Añade luego el doctor inglés:

«El dormir poco podrá ser una prueba de actividad; pero de una actividad mal entendida, y que á la vuelta de algunos años puede conducir al individuo á un estado precario, cuya principal manifestación es la falta de sueño. Si antes no dormía por que no quería, ahora no duerme porque no puede, y de esa impotencia se originan lamentables trastornos en todo el organismo, siendo de éstos los más frecuentes y los más caracterizados la neurostenia, la anemia cerebral y muchas veces la locura.»

Además, dice el doctor Turnship, «en la inmensa mayoría de los casos, el que duerme poco es porque no puede dormir más, porque el sueño se ahuyenta de sus párpados, y el cerebro inquieto le desecha; pero esto no es más que una señal y señal muy característica de debilidad física, de desequilibrio orgánico, que se nota en las personas ancianas y muy gastadas, á quienes veréis descaezar un sueño ligero, breve, en una silla—signo de debilidad—pero que á las tres ó cuatro horas de acostarse se despiertan en dan vueltas y más vueltas en la cama, sin poder dormirse de nuevo.»

Mr. Turnship no admite aquello de: «al que madruga, Dios le ayuda», á menos de que el que se levanta muy temprano se acueste también muy pronto. El que quiera dejar las sábanas á las cuatro de la madrugada, hágalo en buen hora, si sus ocupaciones así lo reclaman ó sus amores por la rosada Aurora se lo piden; pero que se acueste á las ocho de la noche. Cuanto á aquéllos que, en verano principalmente, se acuestan tarde y se levantan temprano, consagrando al descanso pocas horas, cometen una verdadera tontería, cuyas consecuencias no tardarán en dejarse sentir.

Para los que se dedican á trabajos mentales, el sueño prolongado, de ocho á nueve horas, es tanto ó más indispensable que para los que se ocupan en trabajos manuales ó en tareas que exigen simplemente esfuerzos físicos. No hay ningún descanso, ninguna distracción que pueda proporcionar al cerebro causado los elementos reconstituyentes, digámoslo así, que encontrará en el sueño. Aquello de que el dormir mucho embota las potencias intelectuales, como han dado muchos en decir, es una preocupación; por el contrario, el dormir largo y tendido es para el cerebro el único elemento que permite reparar el desgaste sufrido, recuperar el vigor de la imaginación.

De lo cual no se infiere, añade el doctor Turnship, que se haya de adquirir la costumbre de dormir mucho más tiempo de lo que el cuerpo buenamente pide, como hacen ciertas personas que duermen durante catorce ó quince horas. Este en un exceso altamente perjudicial, que entorpece el ejercicio de las funciones cerebrales y conduce á la larga á un embrutecimiento que nadie es ya capaz de sacudir. Como la privación, el exceso ofrece sus inconvenientes y sus peligros.

¿Cuáles son las horas más apropiadas para dedicar al sueño?

El señor Turnship aconseja que así en invierno como en verano se siga la misma costumbre: desde las once de la noche hasta las siete y media de la mañana. Estas son indudablemente las horas más propicias.

Aconseja también que el lecho no sea demasiado blando; conviene abstenerse de colchones de pluma y de almohadas de la misma materia, que dan excesivo calor á los riñones y á la cabeza; los colchones y almohadas de crin son los más ventajosos é higiénicos. Debe procurarse que los pies tengan mucho abrigo en invierno y que la cabeza no esté colocada en un nivel muy superior al resto del cuerpo.

Para los niños, especialmente, la posición absolutamente horizontal, esto es, que la cabeza se encuentre al mismo nivel que los pies, ó á lo sumo con una diferencia de tres á cuatro pulgadas, es la más beneficiosa, así para el funcionamiento de los pulmones como para el desarrollo de la espina dorsal.

Es conveniente la siesta, sobre todo para reemplazar las horas de sueño que pueden perderse durante la noche en la estación calurosa.

Mr. Turnship no oculta la antipatía que le merece la siesta, que sólo conceptúa admisible en los países extremadamente cálidos y cuando la pasade irresistible de una atmósfera bochornosa obliga al habitante á tomar un par de horas de sueño.

En tales comarcas la siesta es altamente útil, higiénica y hasta necesaria para el bienestar físico; pero allí donde el clima no tiene esas exigencias, la siesta puede considerarse sólo como una mala costumbre, como un vicio, al que es mejor sustraerse, ya que introduce una verdadera perturbación en las funciones ordinarias del organismo y redundará casi siempre en daño del sueño nocturno, que es el mejor el único legítimo, el que proporciona apacible descanso, y restaura las fuerzas perdidas durante la jornada.

## FILOSOFIA SANA

Al volver Renan, después de cuarenta años de ausencia, á su pueblo natal, fué acogido con gran entusiasmo. Los bretones, católicos á macha martillo con sus ribetes de supersticiosos, pero amantes como ninguno de las cosas y glorias de su tierra, no vieron en el herético Renan sino al miembro de la antigua familia bretona.

En el banquete preparado en su honor, el eminente literato y orientalista, al par que el filósofo más sincero y apacible del siglo xix, pronunció uno de aquellos discursos familiares llenos de ideas puras y sencillas bellezas, de que parecía tener el secreto.

En él se nota, además de observaciones y puntos de vista nuevos, una serenidad envidiable de conciencia, una vaga melancolía ante el positivismo actual, y una confianza sin límites en el destino de las generaciones futuras.

Jazzgándolo de actualidad, como casi todo lo que dijo aquel espíritu elevado y bueno á pesar de la terrible reputación que le dieron los clericales, reproduzco aquí el discurso:

«Sí flores y amigos míos,

¿Cuán agradecido os estoy porque me habéis arrebatado al eterno sillón donde mis miembros se anquilosaron, á los dolores que se han apoderado de mí, á esas vacilaciones de las cuales necesito ser salvado á la fuerza! Os voy dando de la dicha de haber visto una vez más mi antigua ciudad de Tre-guier, á la cual me unen recuerdos tan queridos,



Tan breves y contadas han sido mis visitas desde que me arrebató y envolvió el torbellino del vasto mundo, que bien puedo decir que he estado cuarenta años ausente de mi ciudad nativa. ¡Cuarenta años! ¡Qué largo espacio de tiempo en la vida de las cosas humanas! ¡Cuántas cosas cambian en cuarenta años!

Pero nosotros los bretones somos tenaces, y ayer, dando una vuelta alrededor del claustro y de la catedral, visitando mi antigua casa, iba diciéndome interiormente que nada había cambiado ni en mí ni en todo lo que me rodeaba.

¡Ah! desgraciadamente en las personas el cambio ha sido muy grande. Casi todos los que conocí en mi infancia han desaparecido; mi madre, a quien debo esta alegría que constituye el fondo de mi carácter, mi hermana tan pura y cariñosa, no habitan ya estos lugares donde yo las vi vivir y fui amado tanto por ellas. Mi criada Mari-Juana murió hace algunos años. Mis bondadosos maestros, a quienes soy deudor de todo lo que hay bueno en mí, todos, excepto uno, han muerto. Han abandonado este mundo después de haber hecho el bien y dejado una tradición de virtudes.

Pero el cuadro en que aquellas figuras vivieron se conserva todavía. Ayer reconocí casi piedra por piedra el Treguier de otras veces: hubiera podido señalar cada casa con su nombre. La catedral conserva su esbeltez encantadora. La yerba que crece sobre las viejas sepulturas del claustro es tan espesa como siempre, y aún se diría que la vaca que está allí pastando es la misma que pastaba hace cuarenta años.

Y yo, yo me he preguntado si había experimentado algún cambio, y me he respondido: no. De cuerpo seguramente, por más que aún sobre este punto tendría muchas cosas que decir. No he sido en mi infancia inquieto ni bullicioso: recorría dos veces al día el camino de mi casa a la escuela sin desviarme un solo paso a la derecha o a la izquierda. Ya tenía entonces estos reumatismos que hoy hacen pesado y difícil mi paso.

Quanto al alma ¡oh! siempre es la misma. Aquel joven escolar laborioso, concienzudo, deseoso de dar gusto a sus maestros, ese soy yo; entonces recibí mi dote: tenía todo lo que tengo ahora; nada he adquirido después como no sea el dudoso arte de hacerlo valer ante el mundo.

Preferible sería vivir y morir en un lugar solitario; pero no es uno dueño de hacerlo; el mundo nos ase de los cabellos y hace de nosotros lo que se le antoja.

Tengo aún lo que siempre he tenido, el amor a la verdad. Deseo que sobre mi tumba (¡ay, si pudiese encontrarla en medio del claustro! Pero el claustro es la Iglesia, y la Iglesia, por una mala inteligencia, no quiere nada conmigo), deseo que sobre mi tumba escriban manos amigas este epitafio: *Veritatem dilexi*. Si, he amado la verdad, la he buscado, la he seguido a donde quiera que me ha llamado, sin reparar ni detenerme ante sacrificio alguno. Por obedecerla he roto los lazos más queridos.

Estoy seguro de haber obrado bien. Nadie puede estarlo, bien lo sé, de haber descubierto y resuelto el enigma del universo, pues el infinito que nos envuelve escapa a todos los cuadros y a todas las fórmulas a que los hombres le sometieramos de buen grado; pero hay una cosa que se puede afirmar en absoluto: la sinceridad del corazón, la abnegación por lo verdadero y el sentimiento de los sacrificios hechos en aras de tan honrado propósito. Sobre mi cabeza llevaré firme y alto ese testimonio en la hora del último juicio. Respecto de ello, he sido, y soy verdaderamente bretón.

Pertenecemos nosotros a una raza sencilla, cuya simplicidad la mueve a creer en el bien y la verdad, y tan sólo con poseer lo necesario y una pequeña parte de lo ideal nos consideramos dichosos como reyes. Esto nos sirve para vivir felices, ya que no, y poco importa, para hacer fortuna. De nuestra honradez procede nuestra alegría.

En un tiempo en que es enfermedad general el disgusto de la vida, proseguimos nosotros creyendo que la vida vale el trabajo de perseguir su fin ideal sin dudas ni desalientos. Parecemos en eso naturales descendientes de aquel Pelagio que negaba el pecado original.

Muchas veces me han dirigido los protestantes esta desafiante pregunta: «¿Qué hace y qué piensa M. Renan del pecado?» Buen Dios, yo creo... que lo suprimo.

Lo continuo. Quanto más reflexiono, mejor me convengo de que toda la filosofía es resumen en la serenidad y alegría de ánimo. Nunca seremos nosotros, los celtas, ni pesimistas, ni nihilistas. Al borde de cualquier abismo nos detendría y salvaría la sonrisa de una mujer o de la naturaleza.

Mi madre, a los 87 años y tras muchos de enfermedad terrible, bromeaba, sonreía y conservaba el buen humor una hora antes de su muerte.

Oredme; no cambiéis, amigos míos. Vuestras cualidades son de aquellas que volverán a adquirir todo su valor en lo futuro. El mundo está dejándose invadir por generaciones tristes que no han sabido jamás lo que es un placer sencillo; por razas adustas, cerradas a la simpatía, y que no sienten ni estimación ni cariño hacia los demás hombres.

Vuestra salud moral será un día la sal de la tierra. Vosotros tendréis talento cuando ya no lo haya y alegría cuando se abomine de ella; vosotros amaréis la gloria, el honor, el bien y la belleza cuando todos hayan convenido en que esas grandes cosas no son sino vanidad de vanidades.

Conformémonos con estar hoy entre los rezagados; se cambia tan pronto de pape-

les en este mundo! Casi siempre los rezagados fundan y aseguran lo que los adelantados habían comprometido.

A menudo pienso que vuestra adhesión, aparentemente tardía, consolidará la definitiva existencia de los delicados organismos que por exceso de celo se malogran, de un estado legal en que la libertad y el orden se hallen igualmente a cubierto; de un estado social en que no sea violada la justicia; de un estado religioso que dé al alma del hombre su alimento ideal, sin imponerle restricciones oficiales ni nutrirlo de supersticiosas quimeras. Señalado está vuestro puesto para la ejecución de las grandes obras modernas; porque, al par que pertenecéis a lo presente, tenéis hondas raíces e indelebiles amores en lo pasado.

No cambiéis, pues, por el momento, antes bien, entrad tales cuales sois, con vuestro genio y carácter propios, en el concierto de la madre patria. Atrevéos a valer lo que en realidad valéis, ya que a todos se nos da una cotización inferior en este mundo. Tenemos muchos defectos; pero el mayor y principal consiste ciertamente en dudar de nosotros mismos.

Fiad en la experiencia de un compatriota que os abandonó mozo, y después de rodar por muy diversos mundos, se os devuelve anciano. No os enseñaré el arte de hacer fortuna, del cual nada sé ni entiendo, pero sí puedo enseñaros—porque he obtenido un éxito completo—el arte de ser dichoso. En rigor no hay más que una receta: no buscar la felicidad personal, sino correr hacia un fin desinteresado y puro: la ciencia, el arte, el bien del prójimo, el servicio y la gloria de la patria.

Aparte de unos pocos seres, cuyo número irá disminuyendo cada día, no hay heredados de la dicha ni de la fortuna, porque, salvo muy raras excepciones, se hallan la fortuna y la dicha en nuestras manos.

He ahí el resultado de mi experiencia. Por lo mismo que he gustado de la vida, veo llegar su fin natural sin la menor tristeza y moriré felicitando a los jóvenes que se quedarán y vivirán cuando yo ya no sea y me haya ido. Es bella y buena vida la que ante ellos se abre.

Y ahora, dejad que otra vez os dé gracias por haberme procurado esta reunión, en la cual momentáneamente me he rejuvenecido.

## PENSAMIENTOS

Es preciso honrar a los muertos, sobre todo a los que han muerto en la desgracia, en la derrota; que han sucumbido sin esperanza, pero que han cumplido su deber hasta el punto de hacerlo con el sentimiento de no poder dar por su patria más que una cosa: su sangre.

La historia marcha y no puede repetir.

El pináculo del derecho es muchas veces el pináculo de la injusticia.

No reconozco a nadie el derecho de imponerme, a nombre del Estado, mi filosofía o mi idolatría: la una ó la otra no dependen más que de mi razón ó de mi conciencia. Tengo el derecho de servirme de mi razón como de una anteha, después de siglos de ignorancia, ó de dejarmeecer por los mitos de infantiles religiones.

Nada hay más peligroso, más corruptor, que hacer de la ley el instrumento banal de las pasiones y de las concupiscencias de los partidos.

Un año de poder es más fecundo que diez años de oposición heroica.

El primer lugar en el recuerdo de un pueblo, no pertenece a los que en los días de crisis economizan su dinero y su sangre, sino a los que salvan su honor.

LEÓN GAMBETTA

## EL CÓDIGO DEL ENVENENAMIENTO

M. Dupré, durante el largo desempeño de su empleo de jefe del laboratorio municipal de París, sostuvo cruda guerra contra la falsificación y adulteración de las materias alimenticias que bajo diferentes formas cometen los fabricantes y expendedores de mala fe, publicando después un libro titulado *Analyse des matières alimentaires et recherches de leurs falsifications*, que mejor pudiera llamarse *Código del envenenamiento*.

La importantísima obra de M. Dupré parece escrita para Madrid. Ahí van algunas cosillas entresacadas del capítulo de bebidas.

«La falsificación más común y la más importante del vino, es la que se llama *majadura*. Se toman vinos bastos de España ó de Italia—el autor, en su libro, se refiere a París—que tengan ya hecho su correspondiente *vinage* con alcohol amílico, y además para que sea más malo, y puedan marcar a su entrada en Francia 15 grados de alcohol. Estos vinos, sin sabor y sin aroma, no se pueden beber, pero tienen para el defraudador una gran ventaja: poseen cuerpo, factura y alcohol, para disfrazarlos muy bien después de la manipulación de que han de ser objeto, sobre todo para convertirlos en vinos finos embottellados de Burdeos ó Burghonia, con destino a España, Italia, Portugal y demás países primos. Para esto no hay más que rebajar el título alcohólico del vino basto hasta 10 ó 11 grados, por medio de una adición de agua, y prestarle frescura y aroma, añadiéndole un vinillo fofo, pero cargadito de ácido tártrico para que resulte con acidez. Los expendedores de vinos practican la majadura en la referida mezcla, en la proporción de un 20 por 100 de agua, y asunto concluido.

Así tratado el vino, es muy indigesto, pero no tan nocivo como si a eso que le llaman vino y después de las primeras adulteraciones, se entretuvie-

ra el tendero en las operaciones del vinage enyesado, azucarado por medio de la gelatina, etc.

La cerveza, al menos, es más sana, porque no se adultera ni falsifica, dirán algunos. Pues están en un error, porque creen que esa bebida no es sino el producto de la fermentación de un cocimiento de cebada aromatizado con lúpulo; y puede ser, y es en muchos casos y en muchas casas y fábricas, otra cosa. La base de la cerveza suministrada por la cebada y el lúpulo resulta cara relativamente y es fácil de reemplazar con el almidón, la fécula de patata, la glucosa y la melaza. Con tal que haga espuma la cerveza y que *trabaje* un poquito en la copa, el consumidor no necesita más.

Pues, ¿y la ginebra y el kirsch? En la Selva Negra se fabrica mucho este licor, pero no hay que ir tan lejos teniendo a mano el alcohol de trapo, que es transparente como el agua cristalina, y al que se le da olor y aroma adicionándole agua en que hayan cocido unas hojas de laurel-cerezo.

¿Pues y la leche, cuando se nos ofrece un buen vaso que se corta, porque toda ella parece nata? No es leche, porque el lecheño listo, ingenioso y defraudador, después de haber desnatado la leche con una desnatadora centrífuga, ha sustituido la mantecilla con una emulsión de aceite de grasa de vaca, y tan rica. Los aprensivos que conocen la mácula y se pirran por el café con leche, tomarán el café puro, que es como ir de Harodés a Pilatos. El café verde se fabrica en molinos a propósito que suministran toda clase de granos artificiales de café; para eso se emplean tierras arcillosas tratadas de un modo especial y deliciosamente perfumadas. El café tostado lo hacen los defraudadores con una pasta que se compone de residuos de café, ó de café molido en corta cantidad, amasado con bastante harina muy tostada. Esta pasta, bien trabajada y bien mezclada, se deslie en agua hirviendo, se hace secar ligeramente y se moldea en grano Puerto Rico, Caracillito ó Moka. En cuanto al café molido, de ese no hay que hablar. Dada cualquier sustancia pulverizada y tostada—según las casas, se emplea la almendra, la bellota, la castaña de Indias, se mezcla con un poco de residuos de café y una gota de cafeína... y se sirve caliente.

El té medianoche cuesta en la China tres duros la libra. No hay tendero que no lo venda más barato. Algunos lo dan a tres pesetas y aprovechan para conseguir resultado, los té usados adicionados con goma y almidón, después de haber tostado un poco las hojas que ya sirvieron. Para aumentar el peso se emplea el óxido de hierro ó alguna materia silicea, y para hacer té especial se agregan hojas tostadas y picadas de peral, de laurel, de saúco ó de plátano. A este té le llaman té de la Caravana.

El chocolate se fabrica con cacao; luego su falsificación puede comprender dos series. 1.ª Se manipulan con las bayas de cacao sales de potasio que, reaccionando sobre aquéllas, les eliminan en parte la materia grasa, ó sea la manteca de cacao, que se vende por separado a buen precio. La susodicha manteca se sustituye con el aceite de nabidina, con grasa de ternera ó con sebo de certero, y se aumenta el cacao adicionando féculas de cereales, mendrugos de pan, dextrina y goma. 2.ª en la fabricación del chocolate, se emplea azúcar moreno en vez de azúcar de primera, y como aromáticos se hace entrar el bálsamo de tolú ó otra cosa parecida.

## Las sacramentales

Dicen que es la prensa la más poderosa palanca, la fuerza más irresistible, el arma mejor templada de que la opinión se vale, hasta para imponerse. Todo eso es muy poético, muy sentimental y muy hermoso; pero hay que distinguir entre prensa y preusa, entre opinión y opinión, y no olvidar aquello de que: *aún hay clases*.

Olama la prensa liberal contra cualquier abuso. Por claro que sea, por reconocido que esté por todo el mundo, por pruebas palmarias que se citen, el abuso continúa y el remedio nunca llega; cuando más, se apela al expediente, se dan largas y se deja al tiempo que haga lo demás.

Pero que denuncia algo, con razón ó sin ella, un periódico neo. Al día siguiente el proceso, la real orden, la denuncia, el secuestro, con todo el lujo de detalles que requiere la comedia.

Dice, por ejemplo, *El Siglo Futuro*, que se persigan esos periódicos liberales que critican los actos de los santos prelados. Al día siguiente la denuncia a *El País* por injurias al obispo. No parece sino que Nocedal había dejado redactado el oficio cuando escribió el suelto.

Que *La Correspondencia*, dice don Ramón, publica artículos pornográficos. Atención B. L. M. a *La Correspondencia*, para que recuerde los sanos principios de la moralidad.

Que se persigan los curas que no lean *El Siglo Futuro*, que no sean por lo menos carlistas, y, sobre todo, que se extermine a los sacerdotes liberales y con preferencia a los republicanos. Al momento abre un proceso el Vicario de Madrid contra los más significados por sus ideas anti integristas, y los suspende *ad irato* y antes de formarles causa, que casi nunca se les forma, del uso de las licencias ministeriales.

Este largo preámbulo se necesita para predisponer al lector a no extrañarse del menguado éxito que la prensa liberal ha obtenido denunciando en cien artículos los abusos horripilantes de las Sacramentales. Limones de la muerte cuya zona fiscal alcanza a todos los que viven en esta coronada villa; empresas macabras de las que se sostienen con esplendor muchísimos Garduños con gaban de pieles y cédulas personales de cien pesetas.

Gentes de cutis duro, se les da una higa de las denuncias, y el: *¡cuándo afrontar!* les sirve de coraza impenetrable. Ni leyes, ni reglamentos, ni reales órdenes, ni policía, ni Guardia civil les intimida; fíja la vista en los libros de caja, en los que cada renglón representa un mar de lágrimas y una historia de dolores y amarguras, clasificando muertos por categorías arancelarias y cobrando a cinco duros el pie de terreno que costó a veinte la hectárea, no tienen estos apreciables mercaderes de la muerte

ni más Dios ni más santa María que la Sacramental.

Ya hemos perdido la esperanza de que se cierren esos almacenes de carne en putrefacción cuyos miasmas deletéreos envenenan la atmósfera que respiramos los madrileños, y de cuyas filtraciones se saturan las aguas del Manzanares, donde se lavan casi todas las ropas del vecindario.

La prensa nea se ha opuesto siempre a la clausura de los cementerios enclavados en el casco de la población; y como aquí no se hace más que lo que quieren los neos, que la humanidad reviente. Abiertos siguen los cementerios y el tráfico continúa y persiste el abuso y aumenta la mortalidad de un modo alarmante, y vamos muriéndonos a cargo y cuenta de las Sacramentales.

Ya no hay más que un solo remedio; pero enérgico, radical, concluyente: el de la asociación para la cremación de los cadáveres.

Pero esto necesita otro artículo, que escribiremos otro día.

TOMÁS LATIGO

## EL SALVAJE Y EL HOMBRE CIVILIZADO

El salvaje, impulsado por la necesidad, por el peligro, por la venganza, obra con energía durante un breve espacio de tiempo, pero su energía es puramente espasmódica. De aquí que no posea capacidad ni resistencia para un monótono trabajo ó esfuerzo diario.

Hoy como aspiración ó ideal de la vida, reconócese tan solo el cumplimiento ó la satisfacción de nuestras necesidades. Pero, ¿cómo este ideal del momento sobrevivirá en lo futuro? Pienso que no. Por fuerza habrá de cambiar y transformarse al modo que de día en día se transforman y cambian los pensamientos. Hoy por hoy se adapta a una época en la cual urge ante todo la conquista de la tierra y de los poderes naturales; mañana, cuando esté realizada esa conquista, tendremos que buscar otro.

Hace años, un ilustre amigo mío, John Stuart Mill, al tomar posesión del rectorado de San Andrés, pronunció un discurso inaugural, notable como todo lo suyo, en el cual afirmaba que la vida no debía servir sino para aprender y trabajar. Paréceme llegada la hora de modificar radicalmente la tesis y de proclamar la antítesis. No se debe vivir para trabajar y aprender, sino trabajar y aprender para vivir. El primer uso del conocimiento ha de valer para darnos una norma de conducta, a fin de completar mejor nuestra existencia; los demás usos únicamente pueden admitirse como secundarios.

Entre las razones que tengo para pensar así, figura la de que el proceso de evolución dentro del mundo orgánico, determina un crecimiento de fuerzas y energía que no son ni con mucho absorbidas en el cumplimiento de las necesidades materiales, y determinará un desarrollo todavía mayor dentro de la humanidad futura. Así, pues, y ya que hasta ahora hemos proclamado y reconocido todos «el evangelio del trabajo», pongámonos de acuerdo para predicar el evangelio del descanso gradual, necesario de toda necesidad para la vida.

HERBERT SPENCER

## SECCIÓN AMENA

### EL SEXO DEBIL

Es una frase convenida. Nuestros dulces verdugos han de ser débiles, y no puede nadie sustraerse al imperio de esa especie de concordato hecho entre partes; de la una el hombre, fuerte, invencible, casi feroz, y que, sin embargo, no sabe decir *no pago* cuando la modestia le exhibe cuentas increíbles; y la mujer, nerviosa, al desmayo, delicadísima, y tenaz en punto a modas y a otros puntos que no son para mentados en un artículo.

¡Pobrecitas mías! Yo no deseo molestarlas, yo no quiero enardecer su piel delicada y sutil con las picaduras enconosas del epigramma; yo las adoro de balde y suelo darlas algún dinero encima; pero al propio tiempo que tan gran respeto las rindo y tal culto las profeso, deseo que pongan las cosas en su punto de vista, y que si en buena hora se llaman hermosas, porque lo son, y adorables cuando jóvenes y venerables cuando madres, no se apelliden nunca débiles, ya que son la fuerza, por más de siete conceptos distintos.

¿Débil la mujer? ¡Vamos, que no puedo acostumbrarme!... Quien como yo las haya visto levantar una piedra de doce arrobas con el pelo y levantar al público y levantar ronchas, que todo eso y algo más levantan, no consentiré nunca en ese trastuque de adjetivos.

Me dirá usted que la mujer es frágil; pero frágil no es lo mismo que débil. Gracias a Dios y a don Roque Barcia, se sabe que en castellano no hay sinónimos, y que, cuando más, las palabras que tienen entre sí cierto parecido, son primas hermanas.

Del sexo débil salen las patronas de huéspedes, que sostienen, con la colaboración del cocido, una cuarta parte de la población de España.

Mujer con derecho a debilidad fué Isabel I, que en un raso de gimnasia patriótica arrancó a los frailes del Conserjo de Salamanca todo un mundo, en el cual había de haber, andando el tiempo, más plagas que en Egipto.

Santa Teresa, Carlota Corday, Juana de Arco y mi suagra, fueron mujeres débiles, como se apodan ellas para dominar mejor; y vea usted lo que son las frases hechas: la pluma de la santa pontifica ha edificado monumentos imperecederos, que ya estarían por tierra si fuesen obra de la albañilería masculina; el cuchillo de la bretona salvó del patíbulo más cabezas que pelos tienen las barbas del sexo feo en ambos continentes; la lanza de la iluminada lorena mató más ingleses que yo pa-

ra mi deseo, y la lengna detonante de mi mamá política destruyó varias veces mi felicidad doméstica y derribaba el rhinero casi todos los días.

De la revolución vengo y a la revolución voy; decía una vez un hombre fuerte hablando en parábola, como le demostró el ministro respectivo en el folletín siguiente. Yo le parodio y quiero ir a la revolución de los vocablos, para ver si alguna vez las cosas son como se llaman, ó se llaman como son.

¡Haga usted el favor de venir conmigo a cualquiera Diputación provincial de la Península en busca de ejemplos. Las nodrizas pertenecen al sexo débil; no se puede negar. Mírelas usted, sin embargo, criando a sus pechos toda la aristocracia de lo desconocido en forma de párvulos de la Inclusa, y mírelas usted, ítem más, soportando la succión pasiva de los ordenadores de pagos, que, por no ser fuertes, ni siquiera lo están en administración, hoy que el oficio de administrar se aprende como el del aguador, al primer viaje, mejorando a los aguadores.

Ahora procedamos por comparación. La mujer que se llama débil domina, tiraniza, devora y comete otros verbos con el hombre que se apodapuede ser débil con relación a los fuertes, y no puede ser débil con relación a sus víctimas. De esta lógica, que más de un sabio quisiera para sus gastos caseros, no tiene usted que decir nada, monísima lectora. Se trata de que, entrelazados lo bello y lo fuerte, reinen ambos en el lenguaje, lo mismo que reinan en las costumbres.

No le negaré a usted que tras esta serie de alegaciones se esconde un deseo de irresponsabilidad; pero no puede negarse que el hombre corre a su perdición á impulsos de esa lógica del capricho, que se llama voluntad de las mujeres.

Cuando terminan unas elecciones puede usted preguntárselo a todos los candidatos triunfantes. ¿Habrán quien haya recurrido al oficio de padre legislativo de la patria, por horror á la vida, por pasión del ánimo, por odio á sus semejantes, y así sucesivamente; pero estoy seguro de que los más habrán oído entre sueños una voz de timbre delicado, pero imperioso que les habrá dicho: «¡Puesto, preséntate candidato!» es decir: ¡Lázaro, levántate! Y Lázaro se habrá levantado, resuelto a echarse al pozo, ó a cunero, que viene á ser lo mismo.

Otro atributo de la fuerza: las lágrimas. Usted, guerrero de apellido ó de oficio, habrá pegado algún que otro *sablazo* en su vida militar y política. Si el enemigo arrugó el ceño y se defendió, usted sentiría subir el valor como una marea de ira; si, por el contrario, el enemigo cerró los ojos y los abrió luego arrasados de lágrimas, se le caería á usted el sable de las manos. Así es como la mujer desarma con una gota de agua salada, mientras el hombre necesita alguna plata gruesa para librarse de sus enemigos.

Quanto más lo pienso menos lo puedo tolerar. ¿Débiles las mujeres? En Turquía ponen inservibles á los sultanes; en París devoran familias enteras. Una mujer creó, con el hecho de nacer, el odiado partido carlista. Otra, en cambio—y yo la conocí—libró de la muerte a un pueblo de 500 vecinos, en época de epidemia, huyendo con el médico á países extranjeros. Eva, primera mujer de que se ha hablado mal, inventó el pulir mientras que Adán no pudo inventar más que los sastre.

Ayer mismo, después de tomar un té muy discutible en una tertulia de carácter profano, con vistas á lo eclesiástico, los hombres hacían frases, mientras las mujeres hacían la barba á todo bricho viviente. Un empleado en Hacienda aventuró esta idea de treinta y cinco céntimos el paquete: «Obrarven ustedes; en el ramo de Hacienda pública, todo, hasta la nómina, es fementino».

A mí me parece que ha sonado la hora de las justicias, máxime cuando esta hora á que yo me refiero no toca á repartir nada que valga dinero.

Puesto que somos menos en número y en poder, justo es que seamos los débiles con uso de uniforme.

En esta teoría, y no en el amor libre, está la emancipación del bello sexo. Ellas que administran, ellas que cobren las contribuciones, ellas que desaparezcan con los fondos.

Seguro estoy de que si las Constituciones políticas las hicieran las mujeres á cara descubierta, tendrían todas un capítulo de las composas, en vez de ese cargante título de los derechos individuales, unos derechos que no han logrado aclimatarsen en el hogar doméstico, donde la mujer gana todas las votaciones, porque es la que habla más y más.

Citaré algunos, muy pocos, ejemplos, antes de concluir, para dejar á usted, lectora, bajo el dominio de una verdad tangible.

Todo lo que en sociedad toca pito, pertenece al género femenino: La política, la prensa, la opinión pública y la agencia de préstamos.

Ahora que se llama débil un sexo que posee las credenciales y las papeletas de empuños.

JUAN J. RELOSILLAS

## LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas franca de porte y certificada.

Para los suscriptores a EL MOTIN á 10 céntimos, cargándoles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

## La niñez explotada

«La turba holgazana y maleante que huyendo de todo trabajo honrado ejerce en Madrid el socorrido oficio de pobre público, no concibe la mendicidad sin el aditamento de la niñez. El espectáculo de un padre ó de una madre enfermos y rotos, rodeados de unos cuantos pequeños hambrientos y descualos, es, en verdad, muy propio para excitar en los más empedernidos corazones sentimientos de piedad y misericordia que aflojen los bolsillos y hagan pródigos a los más acafoles, y aunque la gente sabe que aquellos niños son niños alquilados para el fin de implorar una limosna, no por eso deja de conmovérse a la vista de tales desventuras, para remediar las cuales, aunque sólo sea en la intención y para consuelo del propio espíritu atribu-



lado, es frecuente dar lo que se pide con mejor suceso que justicia.

El cesante con cinco hijos, el ciego que no ve cielo ni tierra, el tullido que expone los miembros desbaratados a la pública conmiseración, el anciano venerable metido en el carrito tirado por perros, el manco de Vicalvaro, el Monipodio y la Celestina de puerta de iglesia, el coplero, maestro en las artes de la guitarra o el acordeón, toda esa muchedumbre inmensa de pobres falsos que, sacudiéndose la obligación de trabajar, son dueños de la bolsa ajena, llevan siempre a su lado al niño inocente, con cuyos sufrimientos crueles pretenden ablandar los pechos más pedernales. Para esta cavalla nada son ni valen los dolores de la infancia, ni los peligros que se encuentra sometida, ni los futuros males que de semejante educación se han de originar. Llenen estos infames su panza, refocílense con hartazgos y borracheras, duerman tan guapamente tendidos a la bartola en algún pajar donde no llegan las inclemencias del cielo, y a los niños léveselos el diablo, y cuide de ellos mientras son chicos, que cuando lleguen a grandes ya sabrán por sí mismos buscarse la vida, practicando las buenas lecciones que ahora generosamente reciben de sus amos.

De vez en cuando los agentes de la autoridad pasan a manera de peño por algunos barrios de esta ilustre corte, y se llevan por delante esta vergonzosísima miseria, la cual, desgraciadamente, presto vuelve a reproducirse y prosperar, sin que de raíz podamos vernos libres de ella. Antaño se la mandaba a *europas*, vulgo galeras, hasta que los azotes del mar le tonificaban la conciencia: hoy nos limitamos a echarla al pueblo de su nacimiento, de donde pronto retorna con mayor pujanza y poderío. Además del oficio de mendigo, jercen aquí los niños otros menesteres muy dolorosos y grandemente perjudiciales para la infancia.

Hay niños matuteros que pasan la línea fiscal de Consumos con vejigas de petróleo, ó de aceite, ó de alcohol, ó con cinturones de longanizas, ó con espada de ternera; los cuales niños, si no se rompen la crisma al tirarse de los trenes en marcha, caen bajo la férula de los vigilantes que no se distinguen por la blandura de su trato.

Hay niños *ratas* que forman en una corte truhanesca, donde toda inmoralidad tiene su asiento y todo peligro su natural habitación; hay niños en las casas de juego, a modo de mastines, para avisar la llegada de la autoridad copadora; niños en las mancebías, niños en las tabernas, niños en los teatros y en los circos, niños en todas partes donde rueda el dinero para halagar las concupiscencias de unos y llenar los bolsillos de otros, siendo lo más triste del caso que los niños están en esos lugares precisamente por ser niños, es decir, seres débiles, nobilísimos, inocentes, y honrados.

## DENUNCIA

Un ilustrado sacerdote de Madrid ha dirigido una instancia al Fiscal de la Rota, denunciando, (en vista de que el fiscal del Tribunal inferior no lo hace), el hecho público y escandaloso que acusa y constituye el establecimiento en la calle de Espoz y Mina, núm. 6, de una *Institución católica de servicios religiosos*, para satisfacer todas las necesidades del orden espiritual, administrar sacramentos, ayudar a bien morir, etc., etc., por *dos pesetas mensuales*, con la cooperación y connivencia, al decir del prospecto, de varios señores sacerdotes, de acuerdo, al parecer, con los señores jefes, directores ó empresarios de la institución; silencio ese del fiscal que contrasta con su celo para perseguir sacerdotes inocentes á continuación de los neos, si bien se a unida con la indiferencia que ve el que los suicidas se entieren en segredo y los públicos duelistas sigan comulgando tranquilamente y perteneciendo á congregaciones religiosas, cofradías ó sacramentales. El escrito concluye de esta manera:

«Por todo lo expuesto, á V. S. I. Suplico Que teniendo por presentado este escrito, con el prospecto que se menciona, y por haber esta debida y oportuna denuncia contra el Tribunal diocesano y contra los autores, cómplices ó autores de la titulada *Institución católica*, se sirva admitirla, en cuanto hubiere lugar en derecho, teniéndome por parte por ser de justicia que pido.»

Como ignora si será hoy pecaminoso emitir el deseo de que el fiscal de la Rota acepte la denuncia, me limito á reproducir sin comentarios la noticia.

## EL CZAR EN LOS PROCV-EBIOS RUSOS

En nada como en los r-fraes se ve la manera de ser de los pueblos.

Recuerdo algunos r-fraes rusos que se refieren al Czar, y en ellos pueden verse los sentimientos de aquel pueblo.

—El Czar muere también cuando le llega su hora.

—El Czar mismo se cae cuando pone nn pié en falso.

—La corona del Czar no le protege contra el dolor de cabeza.

—El bucy del Czar mismo no tiene más que dos cuernos.

—Si un Czar fuera leproso pasaría por sano.

—Hablar mal de un Czar, aunque haya muerto, es peligroso.

—Aún delante de un Czar ciego hay que inclinarse.

—El caballo que ha sido una vez montado por el Czar, se envenace.

—El Czar es bien poderoso, pero no es el Todopoderoso.

—El Czar podrá ser primo de Dios, pero no su hermano.

—El Czar puede dominar el mundo terrestre, pero no desviarlo de su órbita.

—Como el Czar no vive en la cabaña del pobre, no conoce la miseria.

—El Czar abarca mucho con su brazo, pero ésto no llega al cielo.

—La mano del Czar mismo, no tiene más que cinco dedos.

—El ayuda de cámara del Czar, cree tener también algún derecho á la Corona.

—El cadáver del Czar mismo, ha de pudrirse.

—La voz del Czar encuentra eco aquí, pero no pasadas las montañas.

—Un Czar no es más difícil de llevar por la muerte que un triste mendigo.

—Un Czar activo tiene las alas en los pies de su ministro.

—Un Czar no desprecia en invierno la piel de un oso.

—Una lágrima en el ojo del Czar cuesta al p-i muchos pañuelos.

—En el destierro, un Czar no vale más que cualquier hombre.

—Si el Czar quiere ser versificador ¡dichados los poetas!

—No se puede vivir á la vez para el Czar y para el súbdito.

—No te arañas la mano, padre Czar, sin que nosotros tengamos que llevar el brazo en cabestrillo.

—Ante un Czar que tuviera los pies descalzos, nadie osaría ponerse el sombrero.

—Cuando el Czar se resfía, toda Rusia estornuda.

—Cuando el Czar muere, ni el mendigo quiere cambiarse por él.

—Cuando los caballos no quieren tirar, el coche del Czar mismo permanece parado.

—Cuando el Czar te regale un huevo, es que te pide una gallina.

—El corsé de la Czarina misma no cubre más que dos pechos.

—Si los pechos de la Czarina cayeran hasta la tierra, pasarían por los más soberbios del mundo.

—Lo que contraria á la Czarina disgusta á la dama de la corte, lo execra su ayudante, lo desprecia su criada y lo manda al diablo la última galopina.

## Opinión autorizada

«El duelo nunca ha probado nada. Porque el honor es una cosa preciosa, delicada, pura, cuya guarda le está confiada á uno mismo. Nadie puede arrebatárnoslo ni mancharnoslo á voluntad. No se quita el honor á nadie que lo tenga, ni se le devuelve á nadie que lo haya perdido. El honor, felizmente, no es como el reloj que puede ser sustraído, y entregado alternativamente, y que está á merced del primer ladrón que pasa.

Solamente uno mismo puede perder ó manchar su honor. Y tanto peor para quien lo pierda; porque si los sombreros aplastados se planchan, si los zapatos rotos se remiendan, si los pantalones abiertos se cosen, el honor ajado no se restaura en la sala de ningún profesor de esgrima ni en ningún tiro de pistola. Si así fuese, el expediente sería por cierto excesivamente cómodo para aquel que quisiera pisotear su honor ó para aquel que tuviese la pretensión de arrebatárselo el vuestro. El duelo, lo repito, no ha probado nunca nada en asuntos de honor, porque el honor está más alto que el duelo. Sólo los hombres honrados tienen honor, pero cualquier canalla puede batirse.

Hasta hoy el duelo no había probado algo sino en punto al valor. Pero ahora, cuando hay más profesores de esgrima que duelistas, y cuando el duelo se reduce á una serie de movimientos de aparato, calculados para no ofender ni ser ofendido, el duelo no prueba absolutamente nada en materia alguna.»

PAUL DE CASAGNAC

## Los periodistas presos

En casa del herrero, asador de palo. Esta gran verdad, tantas veces citada por causa de las infinitas contradicciones humanas, se repite frecuentemente en la patria con que mira sus más y más vivos intereses nuestra clase.

El periodista se ocupa en todo lo que puede ofrecer interés para el público, monstruo de cien mil cabezas, muchas de ellas vanas.

Pone su pluma á disposición de todas las causas, buenas y malas, porque ni siempre acierta, como á los demás sucede, ni siendo las múltiples cuestiones públicas tan distintas y complejas, sería posible conseguir la unanimidad solida.

No hay interés que no encuentre en su *abnegación* un baluarte, ni desamparo que no halle en su pluma un protector p-eroso, ni deslealtad que no le conmueva profundamente y en remedio de la cual no batalla.

A beneficio de todos los infortunios lucha, menos en pro de su infortunio propio. ¿Cabe un desinterés más grand?

Días atrás mi honorable amigo el señor don Pablo Gagal, español de adopción, que indúl-

mente batalla con dennedo contra lo mal que en nuestra patria se trata á la lógica, causa quizás de todas nuestras desgracias, lamentábase de la indiferencia con que la generalidad de los periodistas españoles, con ser hombres dignos, honrados y generosos, miraban la situación de sus colegas presos por delitos de imprenta.

En primer lugar no se comprende que los periodistas españoles, que á veces emprenden grandes cruzadas por cualquier bagatela, no hayan luchado activamente, uno y otro año, hasta conseguir llevar á las leyes un principio de justicia traducido en un artículo que prohiba la prisión preventiva por delitos de imprenta.

Y no es que se pretenda un privilegio odioso como todos á favor de la gente de pluma, máxime cuando se invoca generalmente el precepto democrático de la ley igual para todos. No.

Es que si no hay, por una parte afinidad alguna entre los delitos comunes, cualquiera que sea su clasificación, y los delitos políticos, que tal carácter tienen generalmente los de imprenta, excepción hecha de los de injuria y calumnia, por otra la prisión preventiva, á veces muy larga cuando el pobre periodista carece de recursos para ofrecer en metálico la fianza, puede resultar y resulta efectivamente un castigo injusto si al cabo del proceso el veredicto es absolutorio.

Jamás la prensa española se ha unido como un solo hombre para conseguir esa innovación tan arraigada al espíritu de equidad patrocinado por nuestros tiempos.

Pero hay algo peor. Y es el abandono en que suele dejar á verdaderos periodistas cuando se les condena por delitos de imprenta, en los cuales casi siempre resalta más su generosa pasión por nobles ideales que el propósito de colocarse en frente de las leyes ó fuera de ellas.

Pocas veces se gestiona por los compañeros el indulto, y aunque recurrimos algunas honrosas excepciones, no desmienten la censurable regla general.

Y pocas veces siguen al verdadero compañero, cuando de honrados periodistas se trata, el socorro, el auxilio moral y material, el apoyo que á todos prestamos sin regato y que al periodista negamos muchas veces como si fuera de peor condición. ¡Por puerile indiferencia!

La prensa necesita también regenerarse en esto como en otras muchas cosas, y en lo sucesivo luchar por el perfeccionamiento de instituciones benéficas y de otro orden que establezcan el socorro para el periodista indigente y la solidaridad como verdadero lazo de unión.

De otro modo seguirá formándose mal concepto de nosotros.

¿Cómo pedir apoyo á los demás y el respeto debido, si muchas veces no nos respetamos ni nos apoyamos aun en las cosas más justas?

ANTONIO FERNÁNDEZ Y GARCÍA

Málaga.

Los crímenes afortunados hacen á veces héroes. Un crimen deja de serlo si sale con fortuna. Aquellos á quienes se llama bandidos, serían llamados Alejandro, sólo con que la fortuna les fuese propicia. La fortuna hace reos y los absuelve á su arbitrio: si es próspera, hace que el crimen alcance premio; si adversa, se lo quita.

Hállase de tal suerte el mundo habituado á confundir la fortuna con la inteligencia, que sólo cree obras meritorias las obras de éxito. El esfuerzo supremo, las grandes ideas, el patriotismo, el sacrificio no se estiman sino cuando ciñen las palmas de la victoria.

## RECOMENDADO

Á LOS QUE NO PU DEN PRONUNCIAR LA J.

Dijo nn jaque de Jerez con su faja y traje majó; —Al más guapo el juego atajo, que soy jaque y de ajedrez. —Un gitano que el jaez afijaba á un jaco cojo, sacando, ciego de enojo, de esquilur la tijereta, dijo al jaque:—¡Por la jeta te la encujo si te enojé! —¡Nadie me moja la oreja!—dijo el jaque, y arrempujó; el gitano entonces pujó, uno aguija, otro no ceja. En jarana tan parja el jaco cojo se encoja, y tales coques baraja con la punta del zancajo, que hizo entrar sin gran trabajo al gitano y jaque en caja.

JUAN B. ARRIAZA

## LA VIDA

Durante este siglo se han sucedido tres generaciones en Europa. Pues bien, consultando las estadísticas de la mortalidad se ve que la vida media de las gentes ricas que han disfrutado de buenas condiciones (por ejemplo, los Lores de Inglaterra) pasan siempre de sesenta años y aun alcanzan setenta. Estas gentes, basadas en la misma desigualdad, tienen muchas razones para no seguir su carrera normal; la vida les solicita y las corrompe bajo todas sus formas; pero el aire puro, la buena alimentación, las cura y las renueva.

Las gentes entregadas á un trabajo penoso, que es la condición misma de su existencia, tomadas en conjunto, están condenadas de antemano á sucumbir, según los países de Europa, entre veinte á cuarenta años, siendo el término medio los treinta. Es decir, que viven la mitad de lo que deberían si disfrutasen de apropiadas condiciones para su desarrollo; esto es, que mueren precisamente en la edad que deberían alcanzar toda su intensidad.

Cuando se hace todos los años el recuento de los muertos, resulta justamente el doble de los que dejarían de existir en una sociedad de iguales.

De tal suerte, de la mortalidad en Europa, que ha sido de doce millones el año 1890,

puede asegurarse que seis millones han sido asesinados por las condiciones sociales que reinan en este medio bárbaro; seis millones han perecido por falta de aire puro, alimento sano, higiene apropiada, trabajo armónico.

Si se contaran los muertos desde que Malthus pronunció la anticipada oración fúnebre sobre la inmensa hecatombe, se vería que la mitad de la humanidad está condenada á no tomar parte en el banquete de la vida, ó que sólo puede tomarla por tiempo limitado y en condiciones deplorables.

La situación es, pues, atroz; pero una gran evolución se cumple anunciando la próxima revolución. Esta evolución es que la abominable ciencia económica, que profetizaba la muerte inevitable de los famélicos ha sido batida en brecha hoy, y la humanidad que sufre y en otro tiempo se creía pobre, ha descubierto su infinita riqueza.

La tierra es bastante vasta para encerrarlos en su seno y suficientemente rica para permitirnos vivir con holgura; da trigo en abundancia para que nadie carezca de pan, plantas fibrosas para que puedan vestir todos y materiales sobrados para que todos tengn morada.

Tal es el hecho económico en toda su sencillez. No sólo puede proveer al consumo de la población actual, sino aun cuando se la duplicara de pronto.

Y esto sin que la ciencia interviniera para sacar á la agricultura de sus procedimientos empíricos y pusiera á su servicio los recursos proporcionados hoy por la física, la química, la meteorología, la mecánica, etc.

E. RECLUS

## La mujer ante la muerte

Generalmente los tribunales varían en pronunciar sentencia de muerte contra una mujer, y cuando lo hacen es por ser enorme el crimen.

Mr. Raymond de Rikérre manifiesta que la mujer se muestra muy animosa ante la muerte, y los hechos favorecen la tesis del ilustrado criminalista belga.

La misma que una vez lanzada en la senda del crimen la mujer sobrepaja al hombre en apasionamiento y en crueldad. Le excede también en ánimo en la hora de la expiación.

Lombroso atribuye á la sugestión esta valentía ante la muerte, y también á la instintiva necesidad de simpatía y protección que hace que la criminal, abandonada de todos, escuche voluntariamente los consejos del sacerdote para atraerse su adhesión.

Sa por lo que fuere, su valor es incontestable; multitud de ejemplos lo atestiguan.

Recuérdese la marquesa de Rivilliers, decapitada y luego quemada en 1679 por haber envenenado á tres personas de su familia, sin enumerar los demás crímenes que ella misma contaba en un documento de prodigioso cinismo que escribió á título de confesión. Murió sin perder el ánimo una instante, inmutable, activa, y eso que en el caldazo aguardó en camisa el suplicio durante un cuarto de hora.

La Volzin murió con igual valor, á pesar de que su suplicio fué horrible: la quemaron viva.

Hicla la misma época cortaron la cabeza á madama Tiguel, por ayudar á la naturaleza á librarse de su marido, viro y enfermo, que la estorbaba.

La sentencia le fué notificada por el teniente Delilla, uno de sus exámenes. La situación era difícil. El le recordó la diferencia entre el presente y el pasado. Ella le respondió con dignidad: «Estoy ante usted en actitud suplicante; va sabe usted que en esos hermosos días que me la recordado, me hallaba ante usted de muy diferente manera».

Cuando el cortejo llegaba al lugar del suplicio estalló una tempestad. La condenada, vestida de blanco, y muy hermosa, iba en una carreta con el sacerdote.

Esperaron que pasase la lluvia. La reo afirmó al verlujo que no le quería mal, se arrodilló, colocó la cabeza en el tejó después de haberse separado los cabellos para que no la molestasen en el acto de la ejecución, y esperó tranquila, dueña de sí misma. El verlujo, en cambio, se turbó; tres veces erró el golpe.

De 23 mujeres condenadas y ejecutadas, respecto de las cuales se conservan documentos auténticos, cinco solamente murieron con miedo, dice el doctor Corré. Las otras 18 fueron al suplicio con serenidad y resignación, sin desfallecer, y sobre todo con una gran fuerza.

Los hombres soportan mal la comparación en parecida estadística.

De 61 condenados, 25 murieron con miedo; sólo 18 tuvieron valor sin afectación, cinismo, precocidad, ni exaltación.

Entre las recientes ejecuciones de mujeres, se encuentran hechos que proclaman el valor femenino. Véase cómo murieron en 1890 las cuatro mujeres de que vamos á hablar.

En América, Elisa Pitts, ayudada por su marido, asesiné á un anciano colono, y murió con gran valor.

En Madrid, Ignacia Blaguer confesó haber asesinado á su ama, y fué condenada á muerte. Cuando el verlujo, según costumbre, le preguntó: «¿Me perdona para que Dios me perdone?»—contestó con la mayor tranquilidad: «Sí, Paco, te perdono, y procuro no hacerme sufrir.»

En Suecia, Ana Mendozler mató á su nuera por amar á su hijo. Este confesó, y la confesión fué ahumada para él; pero su madre hizo saber que ella era la única culpable. El tribunal había condenado á muerte al hijo, y se revió la causa, promoviendo los incidentes conmovedores en extremo. «Y soy el único culpable!»—bricó el acusado. —Yo solo he hecho todo; mi madre no ha intervenido en nada. Y la madre protestaba enloquecida: «¿No lo creáis! ¡Sólo yo soy la culpable!»

Y, sin duda, de la verdad, porque pudo explicar, complaciéndose en ello para salvar á su hijo, detalles del crimen sobre los cuales el acusado no pudo proporcionar aclaración alguna. El hijo tuvo que acabar reconociendo su propia inocencia y la madre fué condenada á muerte.

Hermosa todavía (contaba entonces 42 años), marchó al caldazo con gran sangre fría, presentando, con su traje blanco, un aspecto lleno de nobleza.

Mary Wheeler, en Inglaterra, había matado á la esposa de su amante. El asunto no estuvo muy claro. Mary supo morir como un hombre, según había prometido á sus carceleros. Pero murió como un hombre de valor, y al morir se llevó dos

secretos: el de su culpabilidad en el crimen, y otro cuya indicación se encuentra en el último deseo que indicó á su delnsor: «¿Se suplico á usted que después de mi muerte mande insertar en los periódicos de Madrid el anuncio siguiente: M. E. P. Last wish of M. E. W. No he been betrayed. (Ultimo deseo de M. E. W. No he hecho traición.)»

El encargo fué cumplido. Lo que significaba esta prueba de fidelidad, se ignora. ¿Se trataba de un matrimonio secreto y había ella sabido á su marido que no había revelado esto á nadie? Que el acto fué grande, no cabe dudarlo.

Otro acto de valor femenino ante el caldazo es el caso de Teresa Parra, que acompañada de tres hombres, uno de ellos su amante, asesinó á su amo, un pobre sacerdote, para robarle. Ella preparó el crimen, lo dirigió é introdujo en la casa á los asesinos.

Los cuatro criminales fueron sentenciados á muerte. Uno sólo de los tres hombres afrontó la muerte con valor; los otros dos llegaron al cadalso desaliados, medio exánimes.

Teresa demostró un valor terrible.

La mujer, según Maurice Miclerlinck, está más sujeta al destino que el hombre. Lo sufre con una simplicidad mucho mayor. No lucha jamás contra él.»

## DIOS PATRIA Y REY

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

## IOJO AL CRISTO!

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

## Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Precio de cada uno: 1 peseta. —Para los suscriptores á El Motin, 50 céntimos.

## Médicos y enfermos

—¿Cómo va, doctor?

—¡Muy mal!

—¿Pues tiene usted muy buena cara.

—No es eso, hombre; no me ha entendido usted: es que todos mis clientes disfrutan una salud envidiable.

—Doctor, mi marido está muy enfermo, ¿no es verdad?

—Sí, señora, y desgraciadamente no puedo responderle á usted de él.

—Pero, doctor, ¿caso le pido á usted que me responda?

—¿Cómo está el enfermo?

—El médico dice, que si llega á la madrugada está salvo, pero que si no llega, es que no ofrece ya esperanza alguna de vida.

Un pobre médico de pueblo que vino á Madrid, estaba en las inmediaciones de la plaza de Toros, viendo pasar uno y otro y otro entierro, en dirección al cementerio del Este.

—¿Carambá, qué suerte tienen estos médicos de Madrid!...—exclamó.—¿Cuidado si trabajan!

En las oposiciones á una cátedra de Medicina:

—¿Y qué le daría usted á un individuo que hubiese tomado una gran dosis de arsénico?

—¡La extremaunción!

Un médico que visitaba un enfermo en la calle de Echegaray, fué llamado por una señora que vivía en Chamberí.

Al verle llegar la nueva cliente, queriendo disculparse, le dijo:

—¡Ay doctor! ¿Cuánto siento molestar á usted!

—Venir desde tan lejos á verme!

A lo que el doctor contestó con tanta calma como naturalmente:

—No, señora; tengo aquí cerca otro enfermo, y quiere decir que me maten dos pájaros de un tiro.

—¿Qué es la medida cree usted que tengo, doctor?

—Tisic galopante.

—¿Galopante? ¡Hombre, por Dios! Pagando lo que sea, haga usted el favor de ponérmela al trote.

## Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores á EL MOTIN

CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo. LOS REYES CON MOTIN, por El Motin. Cor-léminas. LA IMPERIALIDAD DEL PAPA, ó LA VERBAL EN EL VATICANO, discurso del obispo Stronmann. JARA LA PAPA, por Julio Fernández Mateo. LA MUJER Y LA IGLESIA, por M. MONTE SERRA, ó INSTRUCCIONES RECIDAS DE LOSIEUX. LA VISTA PASTORAL, vista en tres jornadas y en verso, por M. MONTE SERRA. ¿CUL EN LA RELIGIÓN DE JESUS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo (La paz de la vida). CARTA DE TAYLORRAND al obispo de Clermont y al abate MEURY. CARTAS DE TAYLORRAND al Papa Pío VII. POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por El Motin. LA VERDAD Y LA IGLESIA, por Laurent. MÍSTICAS INMORALES de los Jesuitas, sacadas de sus obras. MÍSTICAS PENSADORAS de los Jesuitas, ídem, ídem. CARTA A EUGENIA, por F. F. O. CATHOLICISMO Ó DEMOCRACIA, por F. Laurent. LAS SESENTA Y SIETE CEBERES REUNIDAS DE ZAPATA. Dirlas una junta de doctores, por las cuales fué quemado en la hoguera en 1893. CON LA JUSTICIA Y LA INIQUICIÓN, crónicas, por don Nicolás Díaz Pérez. LA CARIDAD Y LA IGLESIA, por Ch. Potvin (Dom Jacobus). LA ESCALERA Y LA IGLESIA, por ídem. LOS MEJORES «MEJORES» TAYLOR, por El Motin. CENAS Y VASOS, por ídem. GUACIA DE CUAN, por ídem.

## NUEVA EDICIÓN

CÉLEBRE CONFERENCIA

DE

MR. LEON TAXIL

DADA EN EL SALON DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE PARÍS